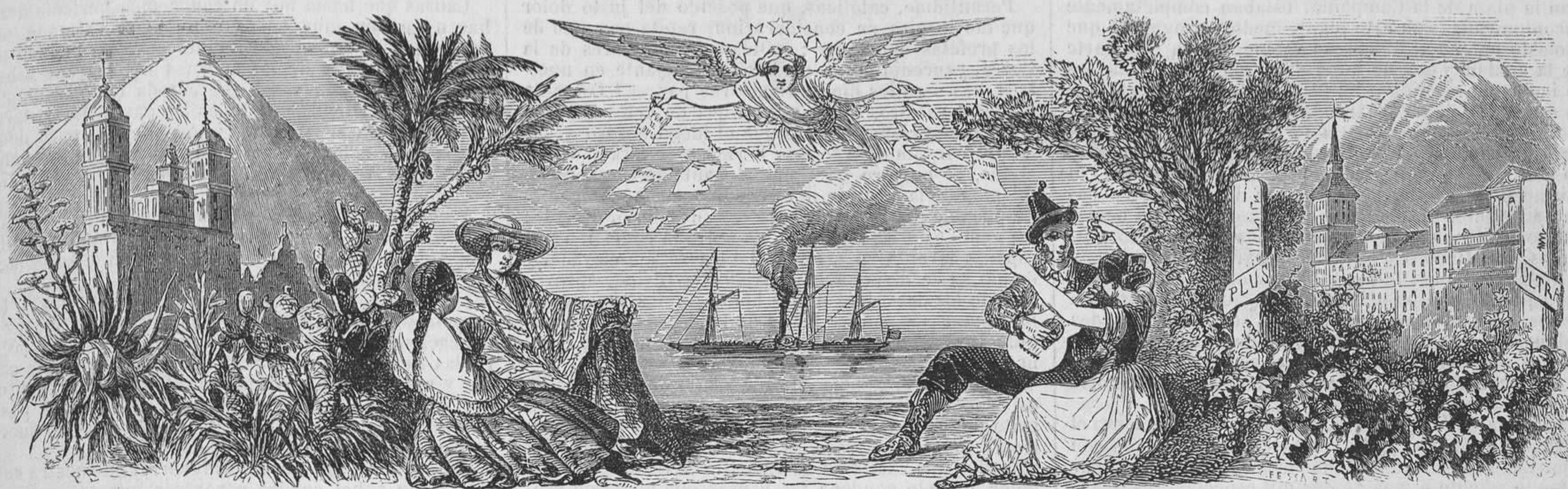


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XLIII.

EDITORES—PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 33. — N° 1,111.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Inauguración del monumento de la Compañía, en Santiago de Chile; grabado. — Sucesos de España; grabados. — El general Serrano; grabado. — El general Primo de Rivera; grabado. — Llave-compuerta para la distribución de las aguas del Vanne en París; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Bellas Artes: « Las primeras flores; » grabado. — El nuevo puente de San German; grabado. — Revista española. — Las excavaciones de Troya y el Tesoro de Priamo; grabados. — Jarrones regalados á M. Thiers, en nombre de los franceses residentes en el Japon; grabado. — Le dejó colgado. — El valle de Somorrostro. — Historia de un cuadro antiguo; grabado.

Inauguración

DEL MONUMENTO DE LA COMPAÑÍA,

EN SANTIAGO DE CHILE.

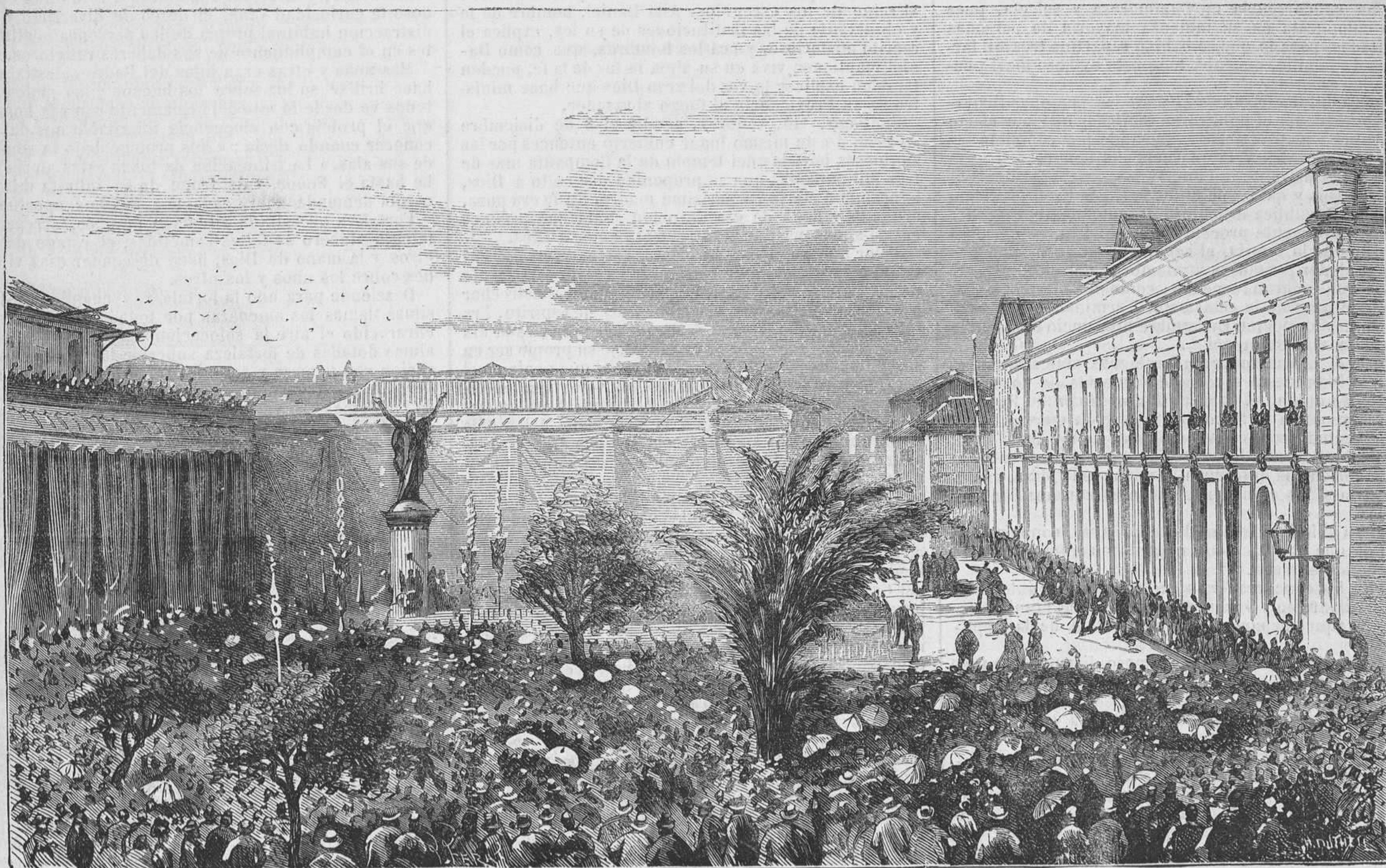
Nuestros lectores recuerdan la espantosa catástrofe del 8 de diciembre de 1863 en Santiago de Chile. La iglesia de la Inmaculada Concepción fué presa de las llamas cuando había en su recinto mas de dos mil personas. A su tiempo publicamos los permenores del

desastre (1), y hoy vamos á dar á continuación los de la inauguración del monumento conmemorativo erigido en el sitio que ocupaba la iglesia devorada por el incendio.

Esta interesante ceremonia, que reproduce el primer dibujo de este número, ha tenido efecto el 8 de diciembre de 1873.

« No se recuerda en Santiago, dice el periódico local la *República*, una fiesta semejante á la de la inauguración del templo de la Compañía, no por el núme-

(1) Véase el tomo XXIII, año 1864, número 381 del *Correo de Ultramar*, PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



INAUGURACION DEL MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA IGLESIA DE LA INMACULADA CONCEPCION, EN SANTIAGO DE CHILE.

ro de los concurrentes, que era sin embargo bien numeroso, pero que no igualaba al de la inauguración de la estatua ecuestre del general O'Higgins, sino por lo grandioso de la ceremonia, por lo lujoso y severo de la ornamentación y por la numerosa orquesta y coro que dejaban oír sus solemnes y lúgubres armonías.

Desde las dos de la tarde las manzanas que circundaban la plaza de la Compañía, estaban completamente incomunicadas con este lugar, medida exagerada que molestó mucho al numeroso vecindario de esta parte de la ciudad, y que no hubo para qué tomar semejante incómoda medida desde tan temprano, puesto que la ceremonia tenía lugar á las seis de la tarde.

A las tres de la tarde, la fortaleza de Hidalgo disparó un cañonazo y continuó disparándolo de cuarto en cuarto de hora hasta después de la ceremonia; al mismo tiempo todas las campanas de la ciudad tocaban á difunto. Si á esto se agrega el pabellón nacional colocado á media asta en todos los edificios públicos y particulares, en muchas partes adornado con negros crespones; la multitud de bomberos y tropa de gran parada que pululaban por la ciudad, la mayoría de los habitantes vestidos de luto, se tendría una idea del aspecto peculiar que en el día de ayer ofrecía esta ciudad, que hace diez años presencié la catástrofe mas horrenda de que se tenga memoria en la historia de todos los pueblos.

La plaza de la Compañía, en cuyo centro se eleva el hermoso y fúnebre monumento estaba adornada con lujo. Las galerías construidas especialmente para dar cómodo asiento á mas de dos mil espectadores, estaban cubiertas de cortinajes negros adornados con cenefas de tul blanco. Coronas de siemprevivas, banderas de duelo y otros mil adornos completaban la ornamentación.

El monumento, circundado por un bonito jardín, cuyas flores habían sido colocadas esa misma mañana, estaba oculto por una cortina negra salpicada de estrellas blancas.

A las cinco de la tarde llegó el cuerpo de bomberos y formó un gran cuadro al rededor del monumento. Una guardia de honor compuesta de las comisiones de las compañías de bomberos de Valparaíso, acompañadas de comisiones delegadas de las compañías de Santiago, formaban un segundo cuadro al rededor del monumento.

Una plataforma destinada á S. E. el presidente de la República, ministro de Estado, cuerpo diplomático, miembros del Senado, Cámara de diputados, tribunales, generales y coroneles, cabildo eclesiástico y comisiones municipales, estaba colocada á la espalda del monumento. A la derecha de esta plataforma, se encontraban las comunidades religiosas; otra galería que se levantaba en forma de anfiteatro era ocupada exclusivamente por los artistas de la Opera y la gran orquesta compuesta de casi todos los artistas de Santiago, las bandas de música y algunas personas invitadas.

Una concurrencia muy numerosa y selecta, pues era compuesta en su inmensa mayoría de personas invitadas, para lo que se habían repartido tres mil tarjetas de familia, ocupaba todo este extenso local y cubría las galerías.

Fuera del lugar señalado para las personas invitadas se extendía el público no invitado, que por cierto era mucho mas numeroso, llenando por completo las calles adyacentes y la plazuela del Congreso situada frente á la plaza de la Compañía.

A las seis y quince minutos P. M., S. E. el presidente de la República descubrió el monumento.

Inmediatamente procedió á bendecirlo, conforme á los ritos de la Iglesia, el señor obispo de Ancud. Las comunidades religiosas y miembros del clero secular entonaron un gran responso; como una ofrenda hecha á las víctimas de la catástrofe. Terminado el responso, monseñor Victor Eyzaguirre pronunció el discurso que damos á continuación.

Pero el momento verdaderamente majestuoso fué cuando la orquesta y coros compuestos de voces tan escogidas entonó el sublime *Stabat Mater* de Rossini.

La ceremonia terminó con una gran marcha fúnebre ejecutada por todas las bandas de música.

Otro espectáculo hermoso fué cuando los bomberos encendieron sus antorchas iluminando la plaza, el monumento y los edificios adyacentes con una luz fantástica.

Tal ha sido la solemne fiesta de ayer, conmemoración de una desgracia sin ejemplo y cumplimiento de una deuda sagrada.

Entre los concurrentes se notaba al señor intendente de Valparaíso y varios miembros de la municipalidad de aquel departamento y de otras de la República.

Damos á continuación el hermoso discurso pronunciado en esta fúnebre fiesta por monseñor Victor Eyzaguirre:

« Os habeis apresurado, señores, para venir á contemplar el suceso sin semejante que á estas horas diez años atrás se realizaba en este mismo recinto: ¡8 de diciembre de 1863! será para Chile durante largo tiempo día de recuerdos espantosos y de amargo luto. Las madres que abrazadas de sus hijos arden hasta consumirse en una inmensa hoguera; los esposos que corren sin aliento las calles de Santiago llamando á sus esposas, mientras que estas perecen sofocadas las unas por el fuego y oprimidas las otras por sus dos mil compañeras de infortunio, los jóve-

nes que se acercan trémulos á las puertas del sagrado templo y ansian por distinguir entre la multitud de los que perecen quién á su madre, quién á su hermana, quién á su amigo; pero sin nada oír fuera de los alaridos de las víctimas, ni nada ver mas que el monton de cadáveres formado por dos mil personas que devoran las llamas. ¡Gran Dios! ¡qué espectáculo tan doloroso y tan terrible!

Permitidme, católicos, que poseído del justo dolor que me inspira su consideración, repita con uno de los profetas del Señor: « Oid, oid, moradores de la tierra, ¿sucedio acaso un hecho semejante en nuestros dias ó en los dias de vuestros padres? Contadlo podeis á vuestros hijos, y los hijos de estos cuentan á las generaciones futuras que el fuego abrasó y sus llamas consumieron lo mas hermoso de Israel. »

Mas, el hombre cristiano al contemplar acontecimientos de la especie del sucedido en la Compañía, después de pagar á la naturaleza su tributo, de entre los gemidos y las lágrimas, de entre la confusión y el espanto levanta su espíritu á otra region elevada, y donde su fe divisa á la Providencia Divina, aprovechando los descuidos de los hombres, los errores de los hombres y aun las faltas de los hombres para que todo vaya á servir en beneficio de los mismos hombres.

El hombre presencia en el incendio de la Compañía un acontecimiento que arranca á todas las almas un grito de horror, y lleva la amargura y la consternación á todos los corazones. En los movimientos apasionados que excita en su espíritu la vehemencia del dolor, no solo condena las causas que pudieron producir tan espantosa catástrofe, sino que va hasta exacerar lo bueno y lo santo, porque á su juicio podrian ocasionar su repetición.

Pero el cristiano desde aquella altura ve en esas causas la mano de Dios que escribe, sobre las llamas que consumen y sobre las cenizas de los muertos, lecciones que traduce nuestra fe y conserva cuidadosamente nuestra piedad. Y ojalá, señores, que esas lecciones las aprovechemos todos, y este grandioso monumento que el celo infatigable de un inteligente mandatario auxiliado por la generosidad jamás desmentida de los pueblos de Chile elevan hoy, nos las hagan meditar cada dia. ¿Cuáles son estas lecciones? Escuchadme y meditalas conmigo, católicos.

Cuando os digo, señores, que en la espantosa catástrofe de la Compañía, el hombre cristiano divisa la mano de su Providencia, no es ciertamente acumulando los combustibles de la espantosa hoguera, ni disponiendo alguna de las otras causas que produjeron aquel acontecimiento. La mano del Señor deja ver, pero como cuando escribia sobre los muros del rey Galdeo. (Daniel, cap. V). Allí en medio del asombro y del terror de todos cuantos presenciaban, el rey de reyes intima á los soberanos de la tierra la elevación de un reino sobre las ruinas de otro; y aquí en la intensidad del fuego y en la voracidad de sus llamas escribe tambien la purificación de las almas y su ascension al reino de los escogidos. Allí Daniel, hombre de fe y observante de las instituciones de su ley, explica el escrito misterioso, y acá los hombres, que como Daniel mantienen viva en su alma la luz de la fe, pueden tambien explicar la voz del gran Dios que hace ministro de su Providencia al fuego abrasador.

Santiago, vió, señores, acudir el 8 de diciembre de 1863, á este mismo lugar cubierto entonces por las suntuosas bóvedas del templo de la Compañía mas de tres mil personas que se proponian dar culto á Dios, honrando á María su purísima madre. Su fe era pura, ardiente y llena de esa devoción santa que produce en las almas cristianas el perfecto amor á Dios.

Amor que impulsa á la criatura á correr veloz como el ciervo que desea refrigerar su sed en la fuente de las aguas, para buscar á su creador y estrechar con él mas y mas las relaciones de su espíritu. Era este amor el que llevaba á David mil veces cada dia al tabernáculo de Dios para ofrecerle su propio ser en suavísimo holocausto. Era este amor el que ponía en el corazón y en los labios de Israel los votos que públicamente profería en honra del Altísimo; y era en fin, este amor el que conducía á la Magdalena á los pies de Jesucristo para significárselo con sus ardientes lágrimas, sus preciosos ungüentos y sus demás obsequios.

Dios autoriza todas estas significaciones del amor de sus criaturas, aceptándolas y consagrándolas en el seno de Israel y haciendo su apología cuando se las ofreció la fervorosa Magdalena. Pero aun mas, en el fondo mismo de la naturaleza humana puso la mano del Creador el principio de ese estímulo que guía al hombre en la confesión pública de sus creencias religiosas; y con las máximas de su santo evangelio nos ilustró en la práctica de aquellas manifestaciones, purificándolas de todo lo que no esté en armonía con la grandeza y perfección del Dios á quien nos enseña á conocer y nos manda adorar.

Guiados por esta luz divina invadían las víctimas de la Compañía las naves del sagrado templo, trayendo muchas de ellas en sus manos ramos de flores que colocaban con tierna solicitud á los pies de la sagrada imagen de María Inmaculada. Yo, católicos, comparo el fervor de todos estos fieles al que brillaba en todos los grandes sacrificios que ofrecía Israel en los dias de David y de Salomón; y sin divisar las nubes inefables en medio de las cuales apareció la Majestad del Santo de los Santos, iluminase con ráfagas pasajeras de su resplandor eterno el sagrado tabernáculo, y sin

oir la voz de Jehovat que percibían los hijos de Jacob mas suave y armoniosa que la melodía de sus cánticos, me parece ver que la oración de tantas almas reunidas en el sagrado templo, llega hasta el trono del Señor, y me parece oír la voz de la Majestad que presenciando su generosa fe hace descender sobre ellos gracias inefables de fortaleza y caridad. ¡Ah! ¡y qué necesarias les eran en aquellos momentos!

Causas que hasta hoy no conocemos perfectamente hacen que en muy pocos minutos se extienda y se propague por el sagrado recinto el fuego pegado por casualidad á uno de los adornos del sagrado tabernáculo. Ese llama voraz sobre toda comparación se dilata y se extiende por todas las naves. Los altares, sus imágenes, sus adornos y todo cuanto para decorarlos había colocado la piedad generosa de los fieles, todo, todo, señores, en breves instantes es invadido por las llamas.

Y entonces, ¿y los fieles fervorosos que habían asistido al templo en alas de la fe y de su amor? ¿y las tres mil personas que cobijaba aquel en esos momentos bajo sus bóvedas?

¿Y las nobles matronas, decoro de Santiago, tan respetables por sus virtudes cristianas como por la educación esmerada que recibieron de sus mayores? ¿Y las tiernas niñas, hermosos lirios de inocente candor y rosas fragantes de acendrada caridad? ¿Y aquella joven esperanza de su anciano padre cuyos pasos vacilantes sostenía con afecto tan filial? ¿Qué suerte corren todos estos? ¿Dónde están?

¡Ah, señores! ¿Debo acaso recorrer en vuestra consideración aquel cuadro espantoso que todos vimos con nuestros propios ojos el 8 de diciembre de 1863 en el abrasado templo de la Compañía? ¿Debo recordar las escenas desgarradoras de aquella noche funesta en que Santiago gimió con un mismo gemido que sintieron todos los corazones y repitieron todos los labios? No, no ahondaré el pesar de los padres, de los hijos y de los esposos, amortiguado apenas; me elevaré mejor con vosotros hasta el santuario del Señor y repetiré los secretos de aquella inefable Providencia que aprovecha nuestros errores, haciéndonos servir como instrumentos en beneficio de sus criaturas. Hablaré el lenguaje de la fe, para los hombres que lo entienden, diciendo que Dios purifica con ese tormento sus criaturas para introducir las almas al goce eterno de su bienaventuranza.

Yo considero, católicos, que pertenecían á esa muerte de personas las que llenaban el recinto del templo de la Compañía la tarde del 8 de diciembre de 1863. En la primera incluyo á muchas cuya vida, inspirada por el fervor cristiano, servían de ejemplo y de estímulo á su vez á tantas otras. A la segunda corresponden aquellas cuya vida mundana y trivial les hacia tropezar á cada paso en culpas, negligencias é imperfecciones.

Habían venido, las unas estimuladas por el deseo eficaz de dar culto á Dios y de honrar á su Madre inmaculada; y mezclando las otras á este objeto piadoso la curiosidad vana, el deseo de divertirse y esa distracción habitual propia de las personas negligentes en el cumplimiento de sus deberes religiosos.

Mas unas y otras eran hijas del Padre celestial que hace brillar su luz sobre los buenos y los malos y á todos ve desde lo alto del firmamento con esa bondad que el profeta con elocuencia inimitable nos daba á conocer cuando decía: « Nos protege bajo la sombra de sus alas. » La tribulación de todas estas almas sube hasta el Señor, y del trono de su infinita misericordia demanda sobre cada una auxilios oportunos.

Fortaleza necesita la situación de unos, arrepentimiento sincero de faltas cometidas, el estado de los otros y la mano de Dios, hace descender esas virtudes sobre los unos y los otros.

Desciende para uno la fortaleza, y cuando las vivísimas llamas los amenazan por todas partes, cuando enrarecido el aire la sofocación era inminente, esas almas dotadas de fortaleza superior tentaron su salvación con firmeza y serenidad que asombran verdaderamente. Y cuando se persuadieron que salvarse de las llamas era ya imposible, buscaron los rincones del templo y se prepararon allí para morir con resignación.

¡Ah, señores! ¡Cuán cierto es que una conciencia pura no teme la muerte ni todas las consecuencias que han de seguir á esta! ¡Cuán cierto que la fe viva y eficaz hace á quien la posee divisar abierto el reino de los cielos y vivir sediento por refrigerarse cuanto antes con el agua viva que beberá en los tabernáculos de Dios! Mas, á otros dije que era necesario el espíritu de compunción para ofrecer á la justicia divina un horrible suplicio, en expiación de las propias faltas. En efecto, el Señor, en cuya mano están los corazones, toma á las grandes calamidades que sobrevienen á los hombres como instrumentos de las transformaciones asombrosas que en ellos opera de cuando en cuando. Así, con el azote de la peste corrige el amor propio y la vanagloria de David; con los horrores de la esclavitud castiga los vicios de Manases hasta convertir su corazón á la virtud; y con tinieblas y tribulaciones llama á las almas que deseen purificar y hacerse dignas de Él. En los excesos de su misericordia derrama gracias abundantes sobre los que auxilian al templo de la Compañía sin pureza de corazón, de tal modo que en medio de la confusión indescriptible que causaban las vastas proporciones del incendio, me parece oír la voz de que nos habla Ezequiel y mandaba señalar á los arrepentidos para que

no les comprendiese en la destrucción eterna con que amenazaba la justicia del Señor. ¡El fuego que consume sus cuerpos! ¡El calor que sufren su aliento vital, la ansiedad, la amargura, la agonía! ¡Gran Dios! en el conjunto de tantas desgracias diviso el sacrificio mediante el cual Vos le purificásteis como se purifica el metal precioso en el fuego del crisol.

Ved ahí cómo la mano del Señor arranca á sus escogidos de la tempestad y de la verdadera muerte. Ved ahí cómo esa espantosa catástrofe que pudiéramos creer hija de los descuidos, de las negligencias y aun de las temeridades de los hombres, y que arrebató de la tierra dos mil personas, viene á servir de medio para dar vida inefable y eterna á los que fueron sus víctimas.

Humillese el hombre que, guiado por la fe, medita estas verdades, é incline su frente delante de aquella admirable Providencia que da vida cuando mortifica y salva cuando al parecer nuestro deja fenecer.

Pero sucesos de la naturaleza del que nos ocupa, deben sin duda perpetuarse en la memoria de los pueblos. El incendio de la Compañía, por las circunstancias que lo acompañan, es hecho sin semejante, y como tal fué calificado en todas partes. Desde los países escandinavos hasta las regiones mas meridionales de Italia, España y Portugal, la prensa, con asombrosa uniformidad, repitió: «El incendio de un templo en medio de una gran solemnidad religiosa y en el que las víctimas del fuego y la sofocación se cuentan por millares, es el primero que registra la historia de las naciones civilizadas;» debo confesar que esa impresión de indescriptible amargura causada en Chile, fue reproducida aun en los países mas distantes adonde llegaba la noticia del tremendo acontecimiento.

Suntuosos funerales celebrados en casi todas las capitales de los Estados americanos, ya decretados por la autoridad, ya ofrecidos espontáneamente por los ciudadanos. Discursos ardientes y en los que imperaron casi siempre las pasiones exaltadas; composiciones poéticas destinadas á decorar la tumba de las víctimas; todo esto, señores, forma un monumento colosal que, elevándose desde todos los países y desde todos los trópicos del continente americano, recibe todavía mayores dimensiones con los artículos escritos por los periodistas y escritores europeos. Ese acontecimiento no podría ya ser olvidado; está grabado en la memoria de todos, y vivirá muchos siglos en el recuerdo de todos.

Pero el lugar en donde se realizó, aquí, aquí mismo, donde se escucharon tantos ayes y gemidos, cuyo eco lastimoso se dejó sentir al otro lado de los mares; aquí, donde la tierra fué empapada por las lágrimas de las víctimas, y donde sus despojos mortales formaron esos montones de cadáveres carbonizados, que recordaremos con terror mientras vivamos, aquí era necesario levantar el monumento material que consagra este lugar durante todas las generaciones. Fué esta la empresa que acometió el digno magistrado de la provincia de Santiago, llamando á ciudadanos de buena voluntad para que cooperasen á la obra en las diversas provincias de la república: ¡la Providencia coronó sus esfuerzos, y vosotros veis elevado el monumento!

Pero reflexionad, señores, este monumento entraña en sí recuerdos dolorosos que solo dulcifica la fe cristiana. Ese monumento, que contemplado con los ojos del egoísmo ó de las prevenciones, excitará mil pasiones odiosas, mil preocupaciones mezquinas y mil recuerdos, indignos por cierto, del cristiano. Mas ¿no es acaso la fe la que inspira la obra de este monumento y la que preside su ejecución? Vosotros lo veis, y yo no necesito empeñarme en demostrarlo. Todas sus figuras son símbolos hermosos de las virtudes cristianas y hablan á nuestra alma aquel lenguaje sublime con que un ilustre caudillo hablaba á Israel. Había este luchado durante cuarenta años con la amargura y la desesperación; va ya á atravesar las aguas del Jordán, va á pisar la tierra prometida, y eleva un monumento, obedeciendo las órdenes de Dios. Las piedras del misterioso río elegidas para la obra, la presencia del arca de la alianza, el concurso de todas las tribus, la majestad solemne del desierto que acababa de atravesar, y las regiones desconocidas para él que iba á invadir, todo concurría para hacer su erección mas grandiosa y mas imponente. Pero ese monumento recordaba cuarenta años de suplicio, recordaba que cuantos individuos formaban ese pueblo cuando fué libertado de los Faraones, todos habían perecido en la travesía. Recordaba que sus blancos huesos estaban allá esparcidos sobre las arenas del desierto, y recordaban á los hijos no haber tenido el consuelo de colocarlos en su tumba para que allí fuesen confundidos con los suyos. ¡Ah, señores, cuántos recuerdos amargos! Pero oid, oid, cómo la voz de Josué eleva los sentimientos de ese pueblo, haciéndoles percibir los fines grandiosos de la obra que venían de cumplir. «Esas piedras que levantásteis, les dice, recordarán perpetuamente á todos los pueblos de la tierra que la mano de la divina Providencia es muy fuerte y poderosa y que todos deben temer al señor Dios en todo tiempo» (1).

Sucesos de España.

La gran batalla entre los republicanos y los carlistas comenzó el 25 de marzo, un mes después de la que dió en el mismo terreno el general Moriones, con tanta desgracia. Las tropas enemigas estaban separadas por el río de Somorrostro.

Un caracterizado jefe militar de los que operan en el Norte ha escrito la siguiente carta refiriendo el ataque del día 25, en que tomó parte:

«Algunos disparos de la marina y batería del centro han indicado á las seis de la mañana el principio del combate. El general Primo pasa el puente provisional y empieza á subir hacia el ferro-carril por su frente y en dirección á Las Cortes por su derecha; llega casi hasta el ferro-carril sin ser hostilizado. El general Loma pasa igualmente la ría y avanza por la carretera unos 1,000 metros, y dejándola á su izquierda avanza á cubierto para salir de nuevo á la carretera cerca de Las Carreras, en cuyas cercanías empieza á ser hostilizado. El general Letona pasa el puente por la carretera, se apodera sin resistencia de las casas y torre de San Martín, y corre parte de sus fuerzas en una línea oblicua de San Martín á la carretera, detrás de Las Carreras, poniéndose en comunicación con Loma. El general Andía permanece con tres batallones en Poveña y Muzquiz; yo recibo orden de cañonear á Montañón y trincheras de la izquierda para dar calor al amago por este lado.

Las baterías del centro cañonean el valle hasta San Pedro Abanto, y los carlistas se ven obligados á presentar una línea de combate que va del monte Luce-ro por detrás de Montañón, San Fuentes, San Pedro, Santa Juliana, subiendo á los cerros de Galdames, que deben coronar hasta las alturas de Las Cortes: esta línea, en forma de herradura y extensísima, no pueden reducirla; las baterías del centro y monte Janeo obligan á alejar el centro de dicha línea hasta San Pedro y San Fuentes, que distan 2,800 y 3,400 metros de la ría; y los extremos de la línea carlista están determinados por la nuestra, que va á lo largo de la ría, de Poveña al monte Gorbea ó Arenillas; nuestra línea tendrá una legua de extensión, al paso que la del enemigo llegará á cuatro: esta línea tan débil, se halla sin embargo fortalecida por el gran número de trincheras que tienen por todas partes y lo escarpado del terreno en sus dos alas. El general Primo continúa avanzando resueltamente, contestando al fuego enemigo y protegido por las baterías de Arenillas; repasa el ferro-carril y se apodera sucesivamente de varias trincheras; igualmente avanzan por la parte de Las Cortes; los carlistas comprenden cuál es el punto de ataque y van reforzando su izquierda sin abandonar completamente el resto de la línea: sostienen un fuego muy nutrido en unas trincheras que tienen en el valle, delante de San Pedro, y lo dirigen contra Las Carreras, donde está la cabeza de Loma.

Las baterías del centro é izquierda (Janeo) apagan diferentes veces dichos fuegos, en unión de otra batería de ocho centímetros, que á las nueve de la mañana pasó el puente y se situó en la carretera á 300 metros detrás de Las Carreras: el fuego de dichas trincheras cesa por completo á intervalos de un cuarto de hora; pero es indudable que Loma tiene orden de no avanzar mas, y se conserva en Las Carreras con dos piezas Plasencia que le enviarán por la mañana de Muzquiz, la batería de ocho antes indicada y otra de la misma clase, que por orden del general en jefe envié desde aquí á las once de la mañana.

El general Primo continúa subiendo la falda de Galdames, y toma á la bayoneta una formidable trinchera que defienden los navarros: esta trinchera corona una de las lomas mas importantes del cerro: se halla como á la mitad de la altura de este, entre el valle y la cresta que se destaca en el horizonte, encima y algo á la izquierda de Las Cortes, enfrente de la indicada trinchera; por encima y separada por un barranco, hay otra pequeña eminencia atrincherada tambien, que defienden tenazmente los carlistas; pueden hacerle, porque su posición es admirable y comprenden que es el punto mas alto á donde nuestras fuerzas pretenden llegar.

El general Primo, cuyas fuerzas en gran parte se han escondido hacia el barranco, toma sin duda posiciones para proseguir el ataque mañana acampando hoy, pues á las cuatro de la tarde, hora en que escribo estas líneas, el fuego se debilita y el de los carlistas es escasisimo.

En resumen, y en mi humilde opinion, se ha obtenido un gran resultado que creo asegure el paso á la ría de Bilbao, por mas que todavía falte mucho para llegar á ella. El combate me ha parecido admirablemente dirigido y ejecutado, siendo notable el orden que ha reinado en todo.

La artillería ha hecho y continúa haciendo todavía un fuego sostenido, concentrando sus disparos donde eran necesarios. Me parece que toda ella ha estado acertada, y creo haya satisfecho á todos. El efecto de las granadas de 16 centímetros y de 12 sobre las casas de Murrieta, frente á San Pedro, ha sido muy notable: las piezas Plasencia, cuyos disparos he podido observar, que son las que están con el general Primo, han tirado con tal precisión que no he visto sostener apenas las trincheras que podía batir.

Termino por hoy rogando me dispense Vd. si no he conseguido ser claro. He escrito esta carta á retazos en el momento que cesaba el fuego de esta batería: la concluyo antes todavía de que cese completamente el fuego para que pueda alcanzar el correo.»

El día 26 continuó el combate. Hé aquí algunos párrafos de otra correspondencia que firma don J. de Alcázar:

«El combate suspendido anoche se ha reproducido esta mañana. A mi juicio, y considerando el día militarmente, me ha satisfecho, si cabe, el resultado mas que el alcanzado ayer. Al principiar hoy el combate, la derecha, ó sea el cuerpo de ejército de Primo de Rivera, comenzó un movimiento de avance oblicuando hacia el centro, tomando la dirección de Pucheta por la ladera de montañas que recorre el ferro-carril de Galdacano. El brigadier Chinchilla con seis batallones quedaba á la defensa de las fuertísimas posiciones conquistadas ayer á tanta costa. El general Primo tenía que recorrer una serie de colinas cuajadas de trincheras, atravesar un profundo barranco, conquistar las asperezas llamadas de los Dos Cuernos, frente al ferro-carril, y atravesando el bosque de Pucheta caer sobre este pueblo, situado á la derecha de Las Carreras en dirección de Santa Juliana.

Tras un fuego infernal, llegaba el general á la trinchera que está á la salida del valle y la conquistaba con dos compañías á la bayoneta, teniendo la suerte de no perder un hombre. No descansó un momento y atacó los Dos Cuernos flanqueados por el batallón de marina, penetrando al fin en el bosque. Puede decirse que este fué el momento mas difícil de toda la serie de operaciones felizmente llevadas á cabo hoy por el general Primo de Rivera. Enfrente de este bosque y dominándole en el mismo ferro-carril, habían construido los carlistas una formidable trinchera, cuyos fuegos abrasaban á nuestras tropas. No vacilaron estas un momento, y continuaron su camino á pesar del sinnúmero de bajas que el terrible fuego de las facciones les hacia.

Aquí quedó herido el ayudante del brigadier Terremos, comandante de caballería señor Selgas, que recibió un balazo en el hombro, con tanta fortuna que esta misma tarde ha podido marchar á Castro. Nuestras tropas atravesaron al fin el bosque y se lanzaron á la bayoneta sobre Pucheta. Fueron unos momentos terribles aquellos en los que nuestros bizarros soldados tuvieron que sufrir una verdadera lluvia de plomo de los facciosos que ocupaban el pueblo. El valiente batallón de las Navas, que tanta gloria alcanzó en la jornada de ayer, tuvo un sinnúmero de bajas; pero el enemigo no pudo resistir aquella avalancha, y á las cuatro de la tarde quedaba Pucheta en nuestro poder y realizada la unión de las divisiones Loma y Poder de Rivera. El primero de estos generales había cooperado á esta operación, amagando durante toda ella un ataque sobre aquel punto, así como sobre las trincheras con que los carlistas apoyaban aquella posición.

La artillería, hoy como ayer, ha sido el primero y mas eficaz auxiliar de ella con sus continuos y acertados disparos. A las cinco mandaba el general en jefe suspender el movimiento, aun contra el deseo de las columnas, que ansiaban continuar su marcha sobre San Pedro; pero el duque de la Torre quiso, y con sobrada razón, dar un descanso á aquellos valientes y sufridísimos soldados, que llevan dos días de combate y que aun habrán de pasar por algunos otros antes de llegar bajo los muros de la invicta Bilbao.

En la jornada de hoy, como en la de ayer, confieso á Vd. que he quedado verdaderamente asombrado de la bizarría, de la bravura con que este ejército, generales, jefes y soldados, todos sin excepción alguna, han asaltado una tras otra trinchera, haciendo verdaderos imposibles, y apoderándose á pecho descubierto de puntos completamente inaccesibles. De los carlistas no puedo decir á Vd. mas, sino que su valor y teson son dignos de mejor causa.

Decía á Vd. que militarmente considerado me había dejado completamente satisfecho el combate de hoy, cuyo verdadero resultado ha sido que nuestra derecha ha flanqueado por la derecha la posición de Santa Juliana, realizando un avance importantísimo y habiendo evitado las asperezas y dificultades de las cumbres. En una carta de ayer omití referir á Vd. la bizarría con que el batallón de Zamora resistió al apoderarse de Las Cortes una terrible carga á la bayoneta que le dieron los batallones navarros, y que fué rechazada con sinigual denuedo, y el valeroso comportamiento del batallón de Africa que con los demás que componen la brigada Barges contribuyeron á la toma de las trincheras de Peña Cuadrada.

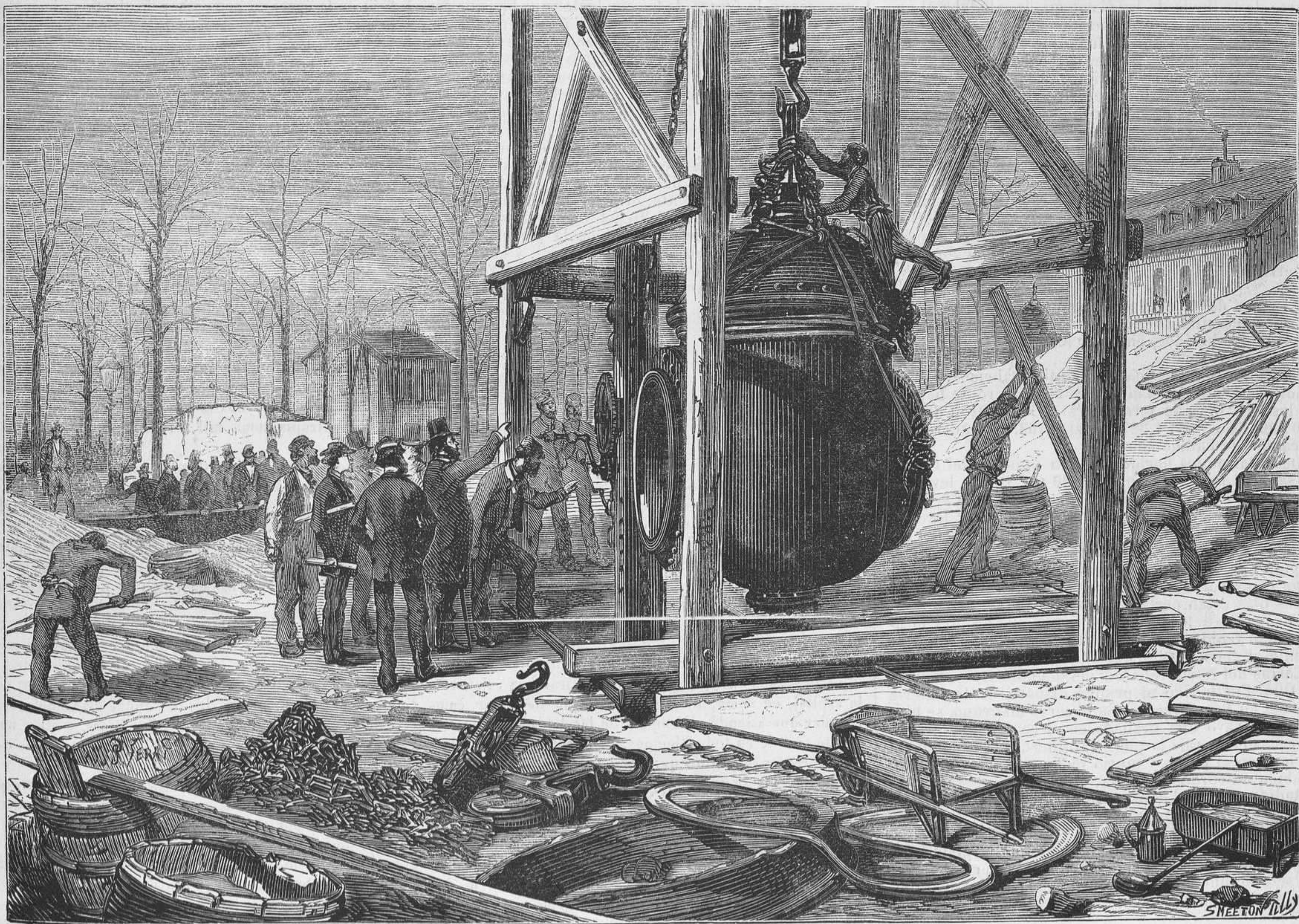
El general en jefe durmió anoche, como le decía en mi anterior, en el nuevo cuartel general de la Sendaja, habiendo practicado esta mañana un movimiento por el centro hasta mas allá del fuerte de San Martín, donde conferenció con el general Letona. Durante esta excursión el general, como todo su estado mayor, recibieron gran número de disparos que el enemigo les envió desde las trincheras y posiciones del Montañón y reducto de San Pedro.

La escuadra simuló ayer un desembarco en Plencia, para lo cual condujo lanchas á remolque de los buques que se acercaron á la costa. En ella se encontraban como unos 3,000 carlistas que hicieron varios disparos sobre los buques, saliendo escapados á los

(1) Libro de Josué, cap. IV.



SUCESOS DE ESPAÑA. — 1. Castro Urdiales : puerta de la Barrera. — 2. Paso del puente de Somorrostro por los republicanos. — 3. Laredo, fortificaciones construidas por los republicanos. — 4. Panorama de los combates de los dias 25, 26 y 27 de marzo : A, posicion de los carlistas ; B, San Pedro de Abanto ; C, el Montañó ; D, camino de Castro á Bilbao ; E, Sestao ; F, Bilbao. — 5. Puerto de Castro Urdiales. — 6. Monasterio. — 7. Campamento de los republicanos. — 8. Vista general de Castro Urdiales.



LLEGADA Á PARIS DE LAS AGUAS DEL VANNE. — La llave-compuerta del conducto principal.

colocarse junto a las primeras guerrillas, y sin cuidarse de la lluvia de balas con que le saludaba el enemigo. A su lado cayeron heridos su corneta de órdenes, muchacho de pocos años, que iba agarrado á su estribo para seguir el trote del caballo, el brigadier Trillo y los coroneles Cortijo y Rodríguez Quintana. Sus palabras llevaban el entusiasmo á nuestras filas: eran las palabras de un héroe.

La noche ha cerrado, y los carlistas solo conservan entre el Montañón y Murrieta una fuerte posición, que será cañoneada mañana y que parece defienden unos 3,000 hombres mandados por Velasco.

Un hecho que ha llamado extraordinariamente la atención, fué que las tropas, al ver caer en tierra á sus jefes, manifestaban deseos de venganza y parecían redoblar sus bríos ante el espectáculo de la muerte. »

Al cabo de tres días de semejantes combates el ejército necesitaba reposo; y además era preciso trasportar á los heridos, enterrar los muertos y reconstituir las provisiones.

Sobre las pérdidas nada auténtico sabemos. Un periódico de Santander dice que el número de heridos en los tres días de jornada es el siguiente: día 25, 450; 26, 316, y 27, 1,387; total, 2,153. Los muertos en el campo de batalla son 152.

Del total de los heridos, según opinión del cuerpo de sanidad militar, resulta un 80 por 100 de leves, de modo que se puede subdividir la cifra de los 2,153 en la forma siguiente: 431 como graves y 1,722 leves.

Estos últimos, en su inmensa mayoría, pueden estar completamente curados antes de ocho días hasta el punto de volver á campaña, pues lo que mas necesitan es descanso, en atención á que las heridas en pocos días están perfectamente curadas.

En cuanto á los carlistas, según sus propias noticias, han tenido mas de 2,000 bajas, y entre ellas se cuenta al general Ollo, que fué muerto, y á Radica.

Cartas del Norte refieren detalladamente la muerte de Ollo. Fué herido al primer disparo de la batería situada en Las Carreras. Se observó un grupo, se hizo fuego, y cayó una granada en el centro del grupo. Ollo perdió de raíz la pierna izquierda, la espoleta se le clavó en el pecho y murió instantáneamente. Murió también un coronel carlista.

Radica perdió el muslo izquierdo, muriendo algunos momentos despues. A pesar de hallarse inmediatos, salieron ilesos Dorregaray y Elio.

Despues del 28 no ha habido ataque formal; pero se prepara con mas fuerzas y mas artillería; y esta vez se cree que el resultado será decisivo y favorable á las armas republicanas.

R. S.

también, pero de un diametro de 80 centímetros ó menos, según la fuerza de los conductos que hay que cerrar. Del receptáculo de Montrouge á la barrera de Enfer, hay muchos que componen una vasta red de conductos forrados de betún ó de hierro dispuestos debajo de la tierra ó en las alcantarillas, que distribuyen los 100,000 metros cúbicos de agua del Vanne: por un lado en los barrios del Sur de Paris, la Glacière, los Gobelins, la Santé, etc.; y por otro en los que comprenden la plaza de Rennes, el barrio de San German, Passy y Auteuil, despues de haber circulado bajo la acera de los puentes de la Concordia, de Alma y de los Inválidos. Finalmente, otra tercera grande arteria sirve el boulevard Saint-Michel y las calles adyacentes. Vemos pues, que las llaves de la plaza de Enfer se hallan situadas en un centro arterial, y ellas regulan la afluencia y rapidez de las aguas del Vanne en las arterias secundarias y en las venas del servicio hidráulico de Paris.

P. L.

Revista de Paris.

Si la Francia es una nación que brilla tanto en el siglo XIX por el esplendor de sus bellas artes, no puede negarse que se debe mucho tan feliz resultado á la eficaz acción del gobierno. El presupuesto anual tiene un capítulo considerable aplicado á la subvención de establecimientos de todo género, que abrazan todos los ramos del arte; á la de los teatros, á los premios y pensiones que se conceden en favor de jóvenes sobresalientes en los exámenes del Conservatorio. El gobierno compra y encarga cuadros y obras de escultura, distribuye subsidios entre las diferentes sociedades literarias y artísticas que existen en la capital, en suma, no descuida medio de hacer comprender que atiende al fomento de las letras y las artes. Y esto sucede en todos tiempos, es la conducta normal de los diferentes gobiernos que se suceden en Francia. Las circunstancias importan poco. Por ejemplo, la situación presente, cuando pesan tantas y tan graves cargas sobre el Estado, cuando el contribuyente se queja de los impuestos que son indispensables para cubrir el déficit que ha dejado la guerra, no parece que debería ser propicia para el arte; y sin embargo, estos días últimos se ha dado á luz un proyecto cuya realización debe ser costosísima, porque abraza verdaderamente una idea grandiosa. El nuevo director de Bellas Artes, M. de Chennevières,

beneficio de la ópera es pomposo y brillante y demuestra ya lo que el genio francés sabe hacer cuando se aplica á la arquitectura de las fiestas teatrales; pero le parece interesante al mismo tiempo la demostración de su capacidad en asuntos mas severos, en el arte religioso y patriótico.

Bajo este concepto, pide autorización al ministro para emprender inmediatamente los estudios preliminares, de acuerdo con el arquitecto de la iglesia.

En cuanto á los fondos necesarios para este gigantesco trabajo, M. de Chennevières propone que se consagre á este objeto durante cierto número de años la mayor parte del presupuesto consagrado á las Bellas Artes, empleándose ya desde luego los recursos pertenecientes al de 1875.

No necesitamos añadir que el plan ha merecido la aprobación del gobierno, y que por lo tanto M. de Chennevières está completamente autorizado para emprender los estudios.

Mientras el gobierno favorece así á los artistas, la iniciativa privada se consagra también con fervor patriótico á otras obras no menos meritorias.

La filantropía toma mil formas para interesar al público.

Hé aquí una idea que llamará la atención en Paris: es la exposición á beneficio de los alsacianos loreneses, que se está organizando en el quai de Orsay y que se abrirá á fines de la semana próxima.

Mas de doscientos coleccionistas de los principales de Paris han contribuido á organizar esta exposición, que presentará un asombroso concurso de preciosidades artísticas.

Habrán tapicerías, retratos históricos, cuadros de todas las antiguas escuelas, muebles y bronce, pinturas modernas, objetos orientales, porcelanas, armaduras, etc., etc.

Cada uno de los organizadores tendrá un salon, citándose entre los primeros, los del duque de Aumale, Rotshchild, condesa Duchatel, baron Davilliers, y otros no menos conocidos por la importancia y valor de sus colecciones.

Terrible competencia hará esta exhibición á la exposición anual de pinturas contemporáneas, cuya apertura tendrá lugar por el mismo tiempo.

Pasemos á los teatros, que al fin de la temporada se apresuran, como de costumbre, á darnos á conocer las últimas producciones de la provision del invierno.

El Ambigu merece los honores esta semana. Una novela americana, titulada *la Letra roja*, y escrita por Nathaniel Hawthorne, ha inspirado á los señores Marc

Fournier y Lermira una obra en cinco actos y ocho cuadros, que gira toda ella sobre una idea altamente dramática.

Es, como si dijéramos, la contraposición de lo que se ve todos los días en el teatro contemporáneo.

Nuestros lectores saben que los autores franceses no conocen, al parecer, otro resorte teatral más importante para fundamento de la fábula que el adulterio; ¡pero de qué modo le tratan! Un paso más y le tendremos completamente justificado.

Ahora vamos a ver cómo aparece en la novela americana.

Estamos en Boston, entre aquellos presbiterianos que emigraron a América a consecuencia de la restauración de los Estuardos, y que se distinguieron por su austeridad de costumbres, de lo cual tomaron el nombre de puritanos.

Las leyes que hicieron para impedir toda relajación fueron tan terribles, que toda mujer adúltera incurria en la pena de muerte.

La heroína se llama Hester, casada con Rogerio Prynne, tipo de malvado que no deja nada que desear, complicado con un carácter político que acaba de hacerle inimitable.

Partidario de los Estuardos, apenas ha conseguido la mano de Hester, hace rodar en el patíbulo la cabeza de su suegro el puritano Darnley, y seguidamente deja a su esposa para continuar su oficio de conspirador ó de espía, según las ocasiones que se presentan.

Naturalmente, Hester aborrece a aquel hombre.

El joven Jorge Daille se enamora de la mujer abandonada, y esta tiene la debilidad de ceder ante aquella pasión culpable.

El adulterio se prueba con el nacimiento de una niña, y los jueces de Boston van a imponer la pena de muerte como mandan las leyes, hasta entonces inflexibles.

Sin embargo, nadie conoce el nombre del culpable, el cual no es otro que su defensor, quien a fuerza de elocuencia consigue conmover a los jueces.

Hester no morirá; pero vivirá infamada, llevará en el pecho, sobre su manteleta negra, una letra encarnada, la letra A, que la designará a todo el mundo como un objeto de oprobio y de escarnio.

Entre tanto la niña, fruto del amor criminal, ha crecido y quiere saber lo que significa aquella letra que su madre no puede abandonar un momento.

— Es la primera letra de una palabra.

— ¿Y qué palabra?

— Ángel.

La misma madre da esta explicación, con gran dolor de su alma.

Sobre esto se presenta de nuevo el capitán Prynne en la ciudad de Boston, adonde le llama un asunto importante.

Prynne ha sabido que Darnley, el padre de Hester, ha dejado una gran cantidad de dinero, 800,000 libras esterlinas sobre la cabeza de su hija y viene a reclamarlas.

— No sé lo que quereis, le dice Hester, mi padre no me ha dejado nada.

— Sí, sí, os ha dejado 800,000 libras esterlinas que no os pertenecen, porque la sentencia infamante os ha quitado los derechos civiles.

El capitán se muestra indiferente en cuanto a la cuestión del adulterio; ni siquiera le importa saber el nombre del hombre que le ha deshonrado: lo que quiere es el dinero.

Confabulado con el gobernador de Boston, quien le dice que no puede hacerse con aquella suma sin la rehabilitación de su mujer, declarará que esta no es adúltera y que él la veía ocultamente cuando se creyó que la tenía abandonada.

¿Cómo hacer para que Hester corrobore su aserto?

Nada más fácil: se apoderará de la niña y no se la entregará hasta que haya declarado.

Con efecto, aquí está el tribunal que va a decidir el caso. Hester, por salvar a su hija, declara, y los jueces absuelven.

El pueblo no se convence y pide el juramento, sobre los Evangelios: el capitán se dispone a jurar; pero Hester le detiene: no llega a tanto su audacia.

En el mismo instante llega Jorge Daille con la niña que acaba de libertar, en sus brazos.

Prynne se arroja a él con la espada en mano; pero un joven puritano se adelanta a él, y quien perece es el aventurero.

Tal es el drama. El horror de la situación en que pone el adulterio a una mujer, es el interés culminante. Presentado de esta manera, con la espantosa expiación que le acompaña, constituye por cierto un elemento dramático de primer orden.

La acogida ha sido brillante; y tenemos un gran placer en consignarlo así, porque se trata de una obra eminentemente moral que puede servir de ejemplo.

La actriz Mlle Periga está admirable en el papel de Hester, y M. Vannoy merece también aplausos en el del

capitán. Entre los actores secundarios, el que hace de gobernador de Boston, es un tipo grotesco consumado.

Otra novedad teatral es la *Belle au bois dormant*, ópera de magia, en cuatro actos, compuesta por M. Litoff, que se ha estrenado en el teatro del Châtelet.

El título indica la obra de cuentos de Perrault, de donde han tomado el argumento los señores Clairville y Busnach, introduciendo en él las modificaciones necesarias para trasladarle a la escena.

Nada más propio para presentar un gran espectáculo. La empresa lo ha comprendido así, y gracias al lujo de decoraciones y de trajes, a los bailes y demás accesorios que se introducen en esta clase de obras, creemos que se habrá asegurado a la nueva ópera una larga y fructuosa serie de representaciones.

M. Litoff es un compositor de mucha fama en música seria; desgraciadamente, el Châtelet no es el Conservatorio, y su música, a pesar de su mérito, parece pálida. Se olvida demasiado de la melodía, defecto capital, a nuestro juicio, por más que la escuela moderna de los franceses se empeñe en practicar lo contrario.

Sin embargo, diremos en toda justicia que se destacan en la partitura algunas piezas escritas fácilmente y con gracia; pero no son bastantes para dar otro carácter al conjunto.

En el desempeño se distinguen madama Reboux, que canta bien la parte de la princesa Silvea, y Mlle Paola Marié, encargada de la de Nérida, que ejecuta con aplauso.

En los Italianos continúan las representaciones de *Semiramide*, y se anuncia ya el fin de la temporada. Hay dudas sobre si M. Strakosch conservará ó no el teatro para el año próximo, dudas fundadas, porque no tendrá subvención; y naturalmente, la empresa en tales condiciones no ofrece perspectivas lisonjeras.

Entre tanto Mlle Belval ha sido contratada ya para la ópera francesa, así como la Krauss, que según se dice, debutará en los *Hugonotes*, para la inauguración del nuevo edificio de la Opera. Ni en ocasión como esta se decidirá la dirección a dar una ópera nueva. Está visto que las excepciones son poquísimas en esta regla.

MARIANO URRABIETA.

POESIA.

ILUSIONES Y FLORES.

Nacen las flores puras

En la mañana,

Y delicioso aroma

Do quier derraman;

Diáfanos perlas

Ostentan en su cáliz

Lleno de esencia.

Las ilusiones bellas

Pueblan la vida

De ensueños y de amores

Con mil delicias:

Fingiéndose halagos

Al corazón ofrecen

Risueño encanto.

Que son las ilusiones

Que al pecho embriagan,

Como las flores puras

De la mañana;

Nacen y crecen

Trayendo en sus encantos

Dicha y placeres.

Las flores en la tarde

Pierden su aroma,

Y el viento les arranca

Sus verdes hojas.

Gimen en vano

Y penosas derraman

Amargo llanto.

Las ilusiones pasan,

Y fugitivas

En el fondo del pecho

Dejan su herida;

Aunque se buscan,

Una vez que son idas

No vuelven nunca,

Que ilusiones y flores

Son semejantes,

Y engalanan la vida

Solo ellas saben...

¡Lloran las flores!...

¡El alma llora triste

Sus ilusiones!...

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

Bellas Artes.

« LAS PRIMERAS FLORES, » CUADRO POR M. A. MOREAU.

M. Moreau es un joven artista de la moderna escuela de M. Toulmouche, que pinta admirablemente los deliciosos aspectos de la primavera. El cuadro que nuestro grabado reproduce, representa un bonito paisaje de las cercanías de París, en donde se ha detenido un grupo de niñas para recoger flores, para despojar los árboles de esos aromáticos adornos que Víctor Hugo llamó un día la *nieve olorosa de la primavera*. Sus vestidos son de colores claros, esos vestidos que se ponen cuando hace sol. Unas sentadas en la yerba esmaltada de florecillas, miran a lo lejos el paisaje, en tanto que la mayor ha arrojado al suelo su sombrilla para alcanzar más fácilmente a esas flores, con las cuales hará un ramillete que se llevará en la falda, como llevaba rosas Isabel de Hungría. En lontananza corre el Sena bajo un cielo de un azul bellísimo.

¿Qué sitio es ese? ¿Es San German situado en su colina desde cuyo terraplen se descubre una de las mejores vistas del mundo? ¿Es Meudon ó Bellevue, sembrados de preciosas villas medio escondidas entre la verdura? Ignoro el nombre de esa cuesta; pero lo que puedo decir es que el cuadro que ofrece, rebosa hermosura. Todo en él es luz y alegría.

J. C.

El nuevo puente de San German.

Entre los trabajos de una utilidad incontestable que se han emprendido en París desde hace veinte años, debemos mencionar la abertura del boulevard de San German, que está destinado a ser el más principal de la orilla izquierda del Sena.

Este boulevard es de la misma importancia que el que bajo diversos nombres se extiende desde la Bastilla hasta la Magdalena. El puente que representa nuestro grabado, y cuyos primeros trabajos han empezado ya, debe abrir al boulevard de San German una salida a los barrios industriales de la orilla derecha del Sena del lado del sudeste, así como el puente de la Concordia le proporciona una vía hacia los Campos Eliseos y los barrios del Oeste.

Este nuevo puente es doble, y parte del muelle de San Bernardo, enfrente del ángulo que forma el Mercado de Vinos, y termina en la punta de la isla de San Luis, dejando en la parte de arriba la antigua estacada destinada a detener los hielos, y en la de abajo el edificio de la casa Lambert y toda la isla. Desde la punta de esta se extiende hasta el muelle, y la dirección que el mismo indica se prolonga hasta la plaza de la Bastilla, atravesando una parte de los terrenos del cuartel de los Celestinos. El eje de estos dos puentes se encuentra tirando una línea recta, que pasa junto la cruz del Panteón a la estatua de la columna de Julio.

Uno de los puntos que atraviesa la parte más ancha del Sena, desde el muelle de San Bernardo a la isla, es de tres arcos de hierro apoyados sobre estribos y pilares de piedra; los dos arcos miden cuarenta y seis metros de abertura, y el central cincuenta. La sección del pequeño brazo del río tiene también tres arcos; el del centro, que es de hierro, mide un poco más de cuarenta y dos metros de altura; los dos arcos, que son de piedra, tienen quince metros solamente.

El coste de estos trabajos es próximamente de dos millones y medio de francos, que satisfacen por mitad el Estado y el ayuntamiento de París.

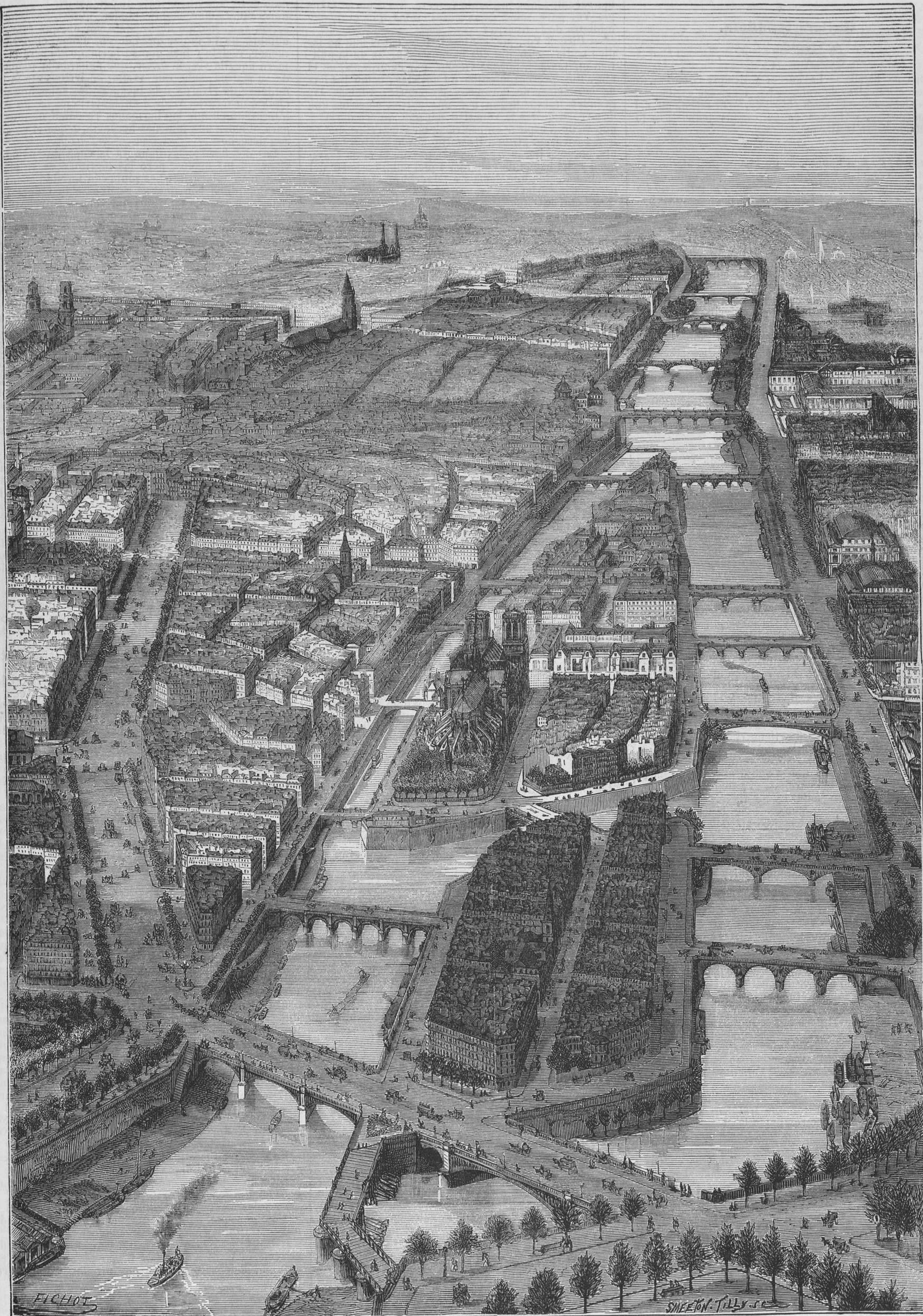
Cuando el nuevo boulevard haya sido terminado con la abertura de la sección que comprenden las calles de Hautefeuille y Saint-Dominique, ofrecerá un admirable golpe de vista, pues aunque carezca de ese movimiento que se observa en la gran arteria, y a la que los verdaderos parisienses solo reconocen el derecho de llamarse boulevard, su aspecto general será más pintoresco en ciertos puntos, y en otros aparecerá más grandioso, porque esta vía recorre completamente los antiguos barrios, tan célebres por más de un concepto. Además, su situación permitirá abrazar con una sola mirada las cúpulas, los campanarios, los edificios y los panoramas, que constituyen la gloria de los tiempos antiguos y el adorno de los modernos.

P. L.



LAS PRIMERAS FLORES,

CUADRO POR M. A. MOREAU.



NUEVAS OBRAS EMPRENDIDAS EN PARIS. — Panorama del nuevo puente de la isla de San Luis y del trayecto del boulevard San German.

Revista española.

Campo de batalla.—La guerra y siempre la guerra.— Los estratégicos de café.—Las funciones caritativas.— El *Hereu*.—El *Buen caballero*.—El expediente del matrimonio.— Escena de un cambio judicial.— El cambio sobre la Habana.

Esto no es una nación, es un campo de batalla.

La guerra civil toma proporciones por momentos. Las señoras hacen hilas y vendajes, el gobierno ha abierto cajas de donativos en todas partes, no se habla mas que de viveres, de municiones, de reservas, de trincheras, de tiendas de campaña, de hospitales de sangre y de muertos y heridos.

Todos los días consume el ejército del Norte dos ó tres millones, y las consecuencias de este estado de cosas no necesito relatarlas: harto comprenden los lectores cómo vivirá un país en semejante situación.

Todas las miradas están fijadas en el Norte de España, donde dos ideas, y hasta puede decirse dos generaciones, luchan desesperadamente.

En estos últimos días la ansiedad ha sido grande. Se han librado infinitos combates, que todavía nada han decidido, pero las pérdidas han sido dolorosas.

Mientras los dos ejércitos luchan, en Madrid se explota la ansiedad general por los aficionados á dar noticias de sensación.

Es inútil hablar de otra cosa que de la guerra.

Pregunta uno al amigo que se encuentra en la calle:

— ¿Qué tal?

Y según su manera de pensar, responde:

— Vamos avanzando: el gobierno triunfa.

— El enemigo retrocede: el triunfo es nuestro.

Cuando la guerra pone su mano en un país, como dice un acreditado publicista, no hay mas que ella; lo es todo y está en todo.

Los políticos discuten las razones que hubo para provocarla y que subsisten para hacerla; los economistas el modo de crear al soldado elementos de vida; los legisladores la necesidad de armar hombres, de levantar impuestos, de dar recompensas; los médicos el modo de atajar las epidemias; los geógrafos la topografía de los sitios; los matemáticos, los físicos y los mecánicos el uso y los materiales, y la forma de organizar la destrucción. Y los poetas cantan el heroísmo y la gloria; los filósofos meditan; las mujeres hacen hilas y vendajes; los especuladores acaparan trigo y harina en la prevision de la miseria nacional; la lanzadera va y viene en las fábricas, tejiendo el cáñamo de las alpargatas y el paño de los uniformes, y las estaciones de los caminos de hierro envían sus trenes de la vida y reciben sus furgones de la muerte. El aire, en fin, tiene vibraciones extrañas, que son los ecos de las músicas militares, que vuelven de las revistas, las voces de mando de los jefes, el cruzar de los batallones que desfilan marcando el paso, el rodar de las cureñas, el galopar de los caballos y los gritos de ¡adios! y los vivos.

Lo cómico se mezcla alguna vez con lo serio.

Entremos en un café; el blanco mármol de las mesas sirve de mapa de operaciones. Allí se rompen las líneas con mas facilidad que en el Norte.

— ¡Bilbao está aquí! dice un estratégico, desertor contumaz de su oficina, dejando á guisa de empuinado cerro sobre el mármol la ceniza de su cigarro. Estas manchas, añade mojando el índice de la diestra mano en los posos de café de la tabla mas próxima, y dibujando figuras simbólicas, ¡son las líneas de los carlistas! ¡Este otro punto es Somorrostro! Pues bien; yo no le doy al enemigo el placer de atacarlo de frente, para que me fria como un torrezno, sino que hago esta evolucion, (y trazaba un círculo sobre el alabastro); le flanqueo, le destrozo, huye y entro con generales aclamaciones en la ciudad invicta.

— ¡Bravo! se le ocurre decir á un topógrafo mas avisado. ¡Bravísimo! pero eso es imposible, á no ser que vaya Vd. por el aire.

— ¡Por el aire! exclamó el victorioso Moltke, hecho un basilisco. ¡Por tierra y con mucha comodidad, á lo que parece! ¡Por el aire!... ¡Valiente liberal estará Vd., que tales cosas dice!...

Y las palabras se multiplican; los insultos forman un terrible *crescendo*, y los que trataban de romper las líneas, concluyen por romperse las cabezas.

Todos tienen la misma pregunta que hacer:

— ¿Qué hay?

Todos reservan una noticia importante, trascendental, que cambiaría el curso de los sucesos, si el patriotismo no les sellara los labios; que haría bajar la Bolsa ó pondría el papel en las nubes. El gobierno nada sabe aun; pero ya lo sabrá, cuando ellos se lo digan.

— « ¡Don Carlos ha muerto! » « ¡El ejército liberal ha sido copado con artillería, municiones, personal de sanidad é impedimenta! ¡Todo se lo han llevado los carlistas! »

Y las noticias, cuanto mas abultadas, corren mas aceptadas y dan la vuelta á Madrid con la celeridad del pensamiento.

— Pero, hombre, le decía yo anoche á un gacetero que, despues de darme una noticia importante,

me recomendaba profunda reserva. Y ¿cómo se arregla Vd. para saber estas cosas antes que el mismo ministro de la Guerra?

— Diré á Vd., me contestó. Hay cosas que no las dice nadie, pero que los buenos sabuesos de la política olfateamos, porque vienen, por decirlo así, en el aire. Hay presentimientos de noticias, como los hay de herencias, de coronas y de muerte. Además, las grandes nuevas llegan por una chispa eléctrica que desarrolla quizás la voluntad del que quiere darlas y que viene á espirar en ese receptor telegráfico que se llama corazón. ¿Quién transmitió desde Móstoles á Cádiz, en doce horas y en los tiempos de la mula castellana y del coche de colleras, aquel sublime parte del célebre alcalde que decía: « ¡Madrid es víctima de la perfidia imperial! ¡A las armas! »

Al lado de estos sonámbulos de la noticia, que interpretan los gestos de los hombres de la situación y que reconstruyen un telegrama sobre una cifra ó una palabra cogida al vuelo, con detrimento de la lógica y de la médula espinal, hay otros tipos mas ó menos pintorescos, engendrados por el patriotismo y el entusiasmo.

Los que á pesar de tantas desdichas no quieren renunciar á divertirse, todo lo convierten en circunstancia, como suele decirse, y con este motivo menudean estos días las representaciones dramáticas de aficionados, cuyo producto se destina á los heridos de la guerra.

La otra noche se daba una en un teatro público, y por la noche veía aparecer en su cuarto á un mancebo á quien apenas conoce, cierto personaje dueño de la mejor colección de armas que existe en Madrid.

Trasladaré aquí el diálogo de los dos interlocutores, tal como lo refiere un revisero:

— Usted me perdonará la libertad que me tomo.

— Tengo sumo gusto en ver á Vd. en mi casa.

— Pues, señor, hé aquí el motivo de mi visita. Esta noche vamos á ejecutar unos cuantos amigos en el coliseo de la Alhambra un drama á beneficio de los soldados de nuestro valiente ejército.

— El objeto no puede ser mas filantrópico ni mas recomendable.

— Yo desempeñe el papel de guerrero, y como me constan su amabilidad y patriotismo de Vd., no he dudado que me prestará lo indispensable para salir con lucimiento de mi compromiso.

— Y ¿qué necesita Vd.? repuso el otro, haciendo, como se dice vulgarmente, de tripas corazón.

— Poca cosa: una armadura completa: cota de malla, peto, espaldar, casco, alabarda...

— Puede Vd. elegir lo que guste, articuló mi hombre con voz desfallecida y trémula.

Precisamente se hallaban en el salon destinado á armería, y el aficionado pasó detenida revista á los objetos simétricamente colocados allí.

Despues que lo hubo examinado todo, se decidió, naturalmente, por lo mas rico y mejor.

Cuando la eleccion estuvo hecha, volvió á tomar la palabra:

— Ahora, dijo, voy á pedirle otro favor: el de que acepte este billete de butaca y asista á la funcion, para darme despues su autorizado voto.

Casualmente no tenia nada que hacer aquella noche el señor X... y parte por curiosidad, parte por ocio, aguantó como un héroe, como un mártir, la representación entera.

A las diez de la mañana inmediata, el improvisado actor le devolvía religiosamente lo que la vispera se había llevado.

— Y vamos, con franqueza, preguntó, ¿qué le ha parecido á Vd.?

— Pero hombre de Dios, repuso el otro amostazado, ¡si no desempeñó Vd. papel ninguno!

— Está Vd. en un error.

— He visto todo el drama, desde el principio hasta el fin, y Vd. no ha aparecido en la escena.

— ¿Se acuerda Vd. de un centinela que al final del acto segundo grita desde dentro: « ¿Quién vive? » Pues bien; aquel era yo.

De los aficionados pasará á los actores.

Las funciones han terminado el último domingo, que ha sido de Ramos.

En el Teatro Español ha continuado llamando la atención la comedia de magia *las Manzanas de oro*: en la zarzuela las obras del repertorio han hecho el gasto; los verdaderos acontecimientos han sido, en Apolo, los dramas *el Hereu*, de Retes y Echevarría, y *el Buen Caballero*, de García Gutierrez.

Ambas producciones han alcanzado grande y merecido éxito.

Contaré el argumento de una y otra para que las conozcan los lectores.

El del drama *el Hereu* es como sigue:

Dos hermanos se odian de muerte: el motivo no se indica en el drama, pero se supone que solo el ser uno de ellos el *hereu* le constituya. Su madre, que con igual ternura ama á entrambos, sufre en silencio los tormentos horribles que le causa el mútuo rencor de sus hijos. Sus reconvenções dulces y sus lágrimas logran, no borrar, pero sí acallar un tanto aquellos terribles odios. Una mujer se interpone entre ambos hermanos. El mayor, el *hereu*, aspira á su mano; es la madre la encargada de pedirla, y ha dado los primeros pasos, cuando de boca de su hijo menor sabe que siente hácia la misma mujer una antigua pasión amorosa.

En vano la infeliz madre, que ve recrudescerse el

odio entre sus hijos, trata de persuadirle á que abandone aquel amor, manifestándole que su hermano, el *hereu*, es el marido destinado á Marina, que este es el nombre de la mujer que adoran. Jaime, el hermano menor, resiste y jura que su hermano no será el primero aquella vez. El *hereu*, que aguarda la respuesta de su Marina, sabe que vacila; se irrita ante la idea de tener un rival, y este fuego de los celos que principia á devorarlo, viene á aumentarlo un primo suyo, interesado en que los hermanos se odien de muerte, para obtener una inmensa herencia, á que él se creía con derecho.

Los dos hermanos, llena ya la copa de sus odios, vienen á las manos; pero las lágrimas de su madre consiguen aplacarlos. Les pinta con terrible acento la intranquilidad con que ve acercarse la muerte; les refiere los sueños sombríos que turban su reposo, en los que se ve la figura sangrienta de Abel. Una terrible lucha se trava en la conciencia de ambos hermanos, y al cabo el *hereu* se decide á sacrificar su amor, cediendo á Jaime la mano de Marina, ya solicitada para él por el primo, con la intención de avivar los rencores. Sin embargo, pronto se arrepiente; el amor habla á su corazón mas alto que el respeto á su madre, y en su momentáneo despecho está á punto de permitir que su hermano muera alevosamente, y cuya tenebrosa trama le revela un criado de la casa. El tiempo corre; un momento mas, y su hermano cae muerto por el hierro alevoso del infame primo. Barraqueta, el criado, le excita, le habla al corazón y despues de una lucha desesperada, el *hereu* se decide á salvar á su hermano, que, admirado de la generosidad de aquel, quiere abandonarlo todo, dejándole á Marina, de la cual le creía mas digno que él mismo.

Tal es el argumento del drama que ha puesto una vez mas en evidencia el talento de Matilde Diez y la inspiración de Retes y Echevarría.

El señor García Gutierrez ha tomado el asunto para el *Buen Caballero*, como para la mayor parte de sus dramas, de una leyenda histórica. La acción tiene lugar á mediados del siglo XI, en la época de la reconquista pirineica y durante el reinado de Don García de Navarra, hijo de Sancho el Mayor, el rey mas poderoso de la cristiandad por aquellos tiempos. La fábula es por demás sencilla. El rey Don García ama violentamente á la esposa de don Fortuño, uno de los primeros caballeros de la corte, y el héroe del drama. Para vencer la noble resistencia de Elvira, encomienda el rey públicamente á Fortuño la defensa de uno de sus castillos, amenazado por los moros, pero con órden secreta á un fiel servidor, de encerrarle bajo sus muros.

Se hace llegar hasta la noble esposa la falsa noticia de la muerte de su marido, vilmente asesinado, y la infortunada Elvira, que aparece en un principio enamorada de Fortuño, hasta querer compartir con él los peligros de la guerra, cede á los halagos del rey galán y le recibe en su castillo durante las sombras de la noche. En una de esas entrevistas amorosas, les sorprende Fortuño, que ha logrado evadirse de su prisión, y que ve confirmadas con colérico asombro sus sospechas. Pide al rey cuentas de su honor, y despues de hacer que le retire el pleito homenaje jurado, cruzan las espadas.

El duelo se interrumpe por la presencia del abad del monasterio de Oña, que se halla en el castillo; pero jurando matarse el día de la próxima batalla entre las huestes de Don García y las de Don Fernando su hermano, rey de Castilla, cuyas banderas seguirá el noble Fortuño.

Elvira, de naturaleza flaca y mudable, siente desvanecerse su efímero amor hácia el monarca, y renacer mas viva que nunca su pasión por el buen caballero, su marido.

En tanto, los ejércitos de los dos reyes hermanos luchan, y en el combate pierde la vida Don García. Fortuño, lacerada su alma, confiesa con vergüenza al abad de Oña que sigue amando á Elvira, á la que jura no ver mas, y esta purga su falta con el terrible remordimiento que le roe el corazón.

Sin conocer el nombre del autor, se adivinaria sin duda que el que ha trazado este cuadro, no podia ser otro que el del *Trovador*, el *Tesorero del Rey*, *Venganza catalana* y otras del mismo género. Igual sabor, igual sentimiento, las mismas pasiones tan hábilmente desarrolladas, idénticos caracteres tan perfectamente trazados como vigorosamente sostenidos. Una versificación siempre correcta y galana, una pintura animada de situaciones que cautivan y una verdad y un color local que solo sabe dar á sus obras el autor de *Doña Urraca*: tales son los caracteres de su último drama, el *Buen caballero*.

En medio de las turbulencias y agitaciones en que vivimos, no falta humor á los poetas.

Ricardo Sepúlveda escribió hace algun tiempo una invitación á los vates.

Deciales que, proyectando casarse, preguntaba á sus amigos qué mujer, ó mejor dicho, qué tipo de mujer era el que mejor podia convenirle.

Con este motivo, pocos son los que han dejado de echar su cuarto á espadas, pintando el tipo, en su opinion, mas apto para hacer un oasis del matrimonio.

Quién la desea bella, quién fea para evitar que guste á los demás, quién casera, quién sociable, y no, ha faltado alguno que la desee coja, para saber al ménos el pié de que cojea.

Por último, el poeta valenciano Jacinto Labaila ha

emitido su dictámen, y para solaz de los lectores voy á copiar su informe en tan árdua cuestion. Hé aquí lo que dice á Sepúlveda :

« Tipos femeninos buscas
Y de ellos quieres acopio
Para el que mas te convenga
Luego escoger con aplomo ;
Pues del conyugal tormento
Quieres elegir el potro,
Por si mas tarde en la lista
Entras del martirologio,
Fíjate bien en el tipo
Que he dibujado en contorno
Y que presento á tu vista
Verdadero, aunque incoloro.

» De la cruz que vas buscando
Y que has de cargarte al hombro,
El peso opresor preciso
Es suavizar de algun modo :
Aligerará ese peso
El tipó que te propongo.
En esa *mujer... futura*
Jamás la beldad del rostro
Te ciegue, que la belleza
Don es que se pierde pronto,
Y aun esto es una ventaja
Para maridos celosos :
Que si la hermosa es hermosa
Hasta los cincuenta otoños,
Ellos sufren de por vida
Las penas del purgatorio ;
Que se casa para el público
Mas que para sí el bolonio
Que una mujer deslumbrante
Creyó escoger para él solo.
Tú la has de elegir discreta,
Discreta, si no eres sordo
A mi opinion... aunque tenga
Físico defectuoso.
La discrecion es lo único
Que puede encontrarse sólido
En el *cuero femenino*,
Que es cuerpo... muy gaseoso.
Si la mujer es discreta
Te aprovecha para todo :
Femenino compañero
Para tus ratos de ocio,
Tú puedes comunicarle
Tus pensamientos mas hondos,
Consultarle tus proyectos,
Darle parte en tus propósitos,
Seguro que ha de entenderte
Como te entiendes tú propio.
La mujer necia es obstáculo
Y la tonta, mueble incómodo
En el que liga al marido
La sogá del matrimonio.
La discreta es un refugio,
Un consultor, un apoyo.
Así es, querido Ricardo,
Vista por el lado próspero,
Que vista por el reverso,
O si quieres por el dorso,
Es á los ojos del público
De muy diferente modo.
— Otra ventaja — el marido
La ve por el lado heróico
Casi siempre... por el bufo
No mas la miran los otros.
Cuando la mujer discreta
Quiere aguzar el meollo
Y busca por fás ó néfas
Cómo engañar á su esposo,
Los recursos que ella inventa
No inventaria el demonio.
Maestra en el fingimiento,
Pues desde niña aprendiólo,
En casos como este llega
De su habilidad al colmo,
Y engaña tan bien, que nunca
Ni el indicio mas remoto
De una sospecha, consigue
Turbar el dulce reposo
Del... editor responsable,
Que... soñando... *sueños de oro*,

Vive en el Limbo de Bábía
Ignorante y venturoso.
¿Qué mayor suerte, Ricardo ?
Para un marido ; Qué mómio !...
Si le engañan, no lo sabe,
Y lo que aun es mas cómico,
No lo cree ; que el casamiento
Al listo convierte en tonto,
Hasta tú, Ricardo, que eres
Tan sùtil, tan ingenioso,
En cuanto te oprima el yugo
Serás ciego, torpe, bobo.
Así, pues, si te decides
A maridar, te propongo
Que busques mujer discreta
En cualquier rincon del globo :
Si es buena, puedes gloriarte,
De haber hallado un tesoro
Muy extraño, una chiripa,
Una cónyuge fenómeno :
Y si es mala, y quiere engañarte,
Y *el caso* que yo supongo
Llegare, no has de saberlo ;
Y no han de turbar tu gozo
Ni amistades de algun *gallo*
Ni obsequios de ningun *pollo*.
Con que así, mujer discreta,
Que es como yo la pregono :
O con ella ó con ninguna
Y *finis coronat opus*. »

Todavía no ha terminado el expediente.
Yo creo que si oye á todos, Sepúlveda se quedará soltero.

Estas cosas solo se consultan con el corazon.
Hé aquí ahora una escena de un drama judicial.
Hará cosa de un año que los periódicos de Madrid ofrecieron á sus lectores una novela palpitante.

« Dos jóvenes amantes se dirigieron una noche al campo del Moro, y allí, en medio del silencio y de la soledad, tuvo lugar una escena dramática.

Decididos á poner término á su existencia, convinieron en que *él* mataría á *ella* con un revolver, y acto continuo se dispararía otro tiro para espirar á su lado.

La primera parte de esta resolucion desesperada se llevó á cabo.

La jóven recibió un balazo en el pecho; pero su amante se asustó de su obra, y en vez de completar el proyecto pidió auxilio.

Se habló mucho en Madrid del suceso, por pertenecer el protagonista del drama á una familia muy conocida.

La jóven recibió eficaces auxilios, y aunque no han podido extraerle el proyectil, se restableció en breve, presentándose pocos dias despues ante el jurado de Madrid, llamado á juzgar al ejecutor de la primera parte de la tragedia.

Con efecto, anunciada la vista de esta causa, la Sala de lo criminal, el vestibulo de la Audiencia y hasta la acera del palacio de la ley estuvieron llenos de un público ávido de emociones.

Excrcelado bajo fianza el procesado, se presentó ante el tribunal, y allí compareció tambien la victima, que si en un momento de obcecacion y como efecto de la vehemencia de su alma pudo olvidarse del temor de Dios y aceptar el suicidio, mostró á la Audiencia que poseía un alma hermosa.

No me extenderé mucho : solo sí diré que se veía en ella el mas profundo arrepentimiento, y que para salvar al procesado, del que hoy vive apartada, declaró que ella habia sido quien, deseando realizar el proyecto que los dos habian concebido, le cogió la mano, y entonces se disparó el revolver.

¡Pobre jóven! En extremo simpática, se veía que habia cometido una niñada; la imaginacion la impulsaba á vivir en plena novela.

Exaltado tambien su amante, obedeció á una fascinacion, y teniendo esto en cuenta el tribunal, solo le ha condenado á seis meses de prision correccional. »

Las muchas contribuciones que todos tenemos que pagar, son causa que la situacion financiera individual sea difícil.

A esto se añade lo exorbitante de los cambios con la isla de Cuba, el cual tiene en aprieto á mucha gente. Pero como aquí de todo se saca partido y todo se echa á broma, corre de boca en boca el siguiente diálogo entre un empleado que cobra por Ultramar y un banquero.

— ¿Quiere Vd. explicarme, pregunta el primero, cómo debe entenderse eso de que el cambio está en la Habana á ciento treinta y seis por ciento?

— Muy fácilmente : da Vd. allí doscientos treinta y seis duros, por ejemplo : pues bien, mandan ciento y se quedan con lo restante.

— ¿Y si no doy mas que ciento treinta y seis ?
— Entonces, lo mismo, se quedan con los ciento treinta y seis y mandan lo restante.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1874,

Las excavaciones de Troya

Y EL TESORO DE PRIAMO.

Es un privilegio propio del genio que ciertos nombres cantados por los poetas lleguen á ser inmortales y continúen conmoviendo hasta las mas remotas generaciones. Mientras exista un hombre se recordará con entusiasmo á Ilion, los combates de Aquiles y de Héctor, la despedida de Andrómaca y las desgracias de Priamo.

Como es natural, el problema de la situacion de la Troya de Homero ha continuado hasta nosotros, preocupando la atencion de los sabios y siendo el objeto de numerosas investigaciones. En la antigüedad esta cuestion fué tan discutida como lo es en nuestros dias, porque hasta las ruinas de la ciudad de Priamo habian sido destruidas, al menos todo lo que existia en su superficie : *etiam periére ruinae*. Las excavaciones hechas por M. Schliemann parecen haber resuelto definitivamente, segun este, el problema que viene agitando despues de tanto tiempo, y encontrado los restos de la Troya homérica, que tanta sensacion ha producido en el mundo científico, y á la que nuestro periódico no podia aparecer extraño, en el momento en que es el objeto principal de estudio de los arqueólogos.

M. Schliemann acaba de publicar en francés el diario de sus excavaciones, acompañado de un atlas compuesto de doscientas ocho planchas fotografiadas que representan todos los objetos de que se forma su coleccion troyana. M. Schliemann no es solo un admirador entusiasta de Homero y un verdadero creyente, sino que jamás consentiria en formar parte de la escuela que no admite que haya una verdadera historia en la *Iliada*, ni haya existido un Homero. Asi como esos cristianos de la edad media que buscaban en las catacumbas los huesos de los mártires, así él para encontrar las reliquias troyanas no ha vacilado en cavar el suelo de la Troada; y al encontrar un depósito de vasos de oro y de alhajas escondidos en el momento de la catástrofe cerca de la habitacion que parecia ser la de un jefe ó rey, no vaciló en dar á estos objetos el nombre de « Tesoro de Priamo. » Estamos completamente convencidos que al dar esta designacion, ha procedido con la mejor buena fe, no dudando que estos objetos de oro hayan pertenecido realmente al rey Priamo.

Aunque exista en estos trabajos una cierta parte de ilusion, no debemos olvidar que para dedicarse á esta clase de descubrimientos es preciso fe y entusiasmo. No todos los hombres entendidos en arqueología están conformes con M. Schliemann, pues en este momento se sostiene una discusion que aun durará mucho tiempo, respecto á la fecha exacta de las antigüedades que ha descubierto con relacion á los poemas homéricos. Los unos, apoyados por él, sostienen que son efectivamente los restos de la Troya de Priamo, mientras que los otros lo niegan, asegurando que proceden de otra Troya mas antigua todavía que aquella, por ejemplo, á la que la leyenda decia haber sido destruida por Hércules. En lo que todos los hombres mas competentes están de acuerdo, es en que M. Schliemann ha descubierto verdaderas antigüedades de Troya; que sus excavaciones han producido magníficos resultados; que su coleccion ofrece para la arqueología el mayor interés; y por último, que al ejecutar todas estas excavaciones durante tres años á sus expensas, ha merecido los elogios que le han tributado los hombres amantes de la ciencia.

Convencido de que el sitio en que se hallaba situada Troya no estaba en Bounarbaschi, como se creia, sino en el mismo sitio en donde se construyó despues la ciudad griega de Ilium novum, M. Schliemann recorrió hasta la roca en la colina de Hissarlik. En este sitio, bajo una capa de escombros que tenia diez y seis metros de espesor, en donde se podian distinguir aun los restos sobrepuestos de cuatro ciudades sucesivas, encontró las ruinas de una poblacion antigua, rica y rodeada de murallas, y destruida por un gran incendio. A esta ciudad M. Schliemann considera la Troya de Homero.

Los millares de objetos recogidos en medio de casas hundidas permitian reconstituir de una manera completa la civilizacion del pueblo que las habitaba. Los tipos mas principales que presentamos á nuestros lectores, caracterizan una época muy importante en la antigüedad, como es la transicion de la edad de la piedra á la primera edad del uso de los metales : la edad de bronce.

Las excavaciones hechas por M. Schliemann han hecho aparecer que los habitantes de la ciudad usaban todavía armas é instrumentos de hueso labrado y de piedra muy bien trabajada. Como conocian la metalurgia, fundian ciertos metales. Al lado de las armas y de algunos utensilios de piedra, los habia de cobre y hasta se veian pequeños jarrones del mismo metal, pero no así el hierro, que era desconocido en aquella época. Lo que poseian en gran abundancia, era el oro, la plata y el electrum, que es la liga natural de ambos metales, que producian las lavaduras de las arenas del Pactolo. No solamente M. Schliemann encontró un depósito de alhajas y vasos de estos metales preciosos que se obtenian los unos por medio de la fundicion, y los otros trabajados con el auxilio del



EL TESORO DE PRIAMO, descubierto por M. Schliemann en las excavaciones hechas en el lugar de la antigua Troya.

martillo, sino que encontró otro depósito de alhajas de oro que fueron encontradas por los obreros y sustraídas en los primeros momentos, lo cual dió lugar á un proceso ante las autoridades turcas.

El vidriado es lo que mas abunda en la coleccion de M. Schliemann. En las formas de los pequeños jarrones se observa una gran variedad; están hechos todos á la mano, sin emplear el torno, y se componen de una arcilla encarnada, sin haberla purificado de las piedrecitas que contiene. En ninguna parte se han visto vestigios de barniz ó de pintura; pero con frecuencia la tierra aparece con lustre en la parte exterior, que le sacaban por medio de un pulidor de piedra cuando aquella estaba seca. Esta clase de fabricacion ha dejado algunos vestigios en Chipre, Rodas y en el archipiélago griego. Algunos jarrones presentan caras groseramente imitadas, y en el vientre se ven dos relieves que imitan á los pechos de una mujer.

Los objetos enigmáticos que se encontraron son tambien de tierra cocida, y tienen una gran analogía con las *terramares* de la Italia septentrional, perteneciente á la edad de bronce y á las que se ha adquirido la costumbre de designar con el nombre de *fusaiotes* por su mucha semejanza con el huso.

El uso á que estos objetos se destinaban, no es conocido. En algunos se veian adornos que debian tener alguna significacion simbólico-religiosa.

La importancia y el desarrollo que ha adquirido en nuestros dias el estudio de la arqueología prehistórica, y el descubrimiento de una ciudad antigua y que caracteriza



M. BEULÉ. — (Véase la *Revista de Paris* del número 1,110).

una de las grandes fases de la humanidad primitiva, presenta un gran interés. La solución del problema, muy dudoso aun, de la edad del bronce occidental, se resolverá indudablemente con las investigaciones de M. Schliemann en la Troada, pues no puede uno menos de sorprenderse de la semejanza que existe entre los monumentos que el feliz explorador atribuye á los troyanos de Priamo y las antigüedades de la edad del bronce de la Escandinavia ó de los lagos de la Suiza.

1, 9, 11, 13, 15. — Pequeños jarrones de diversas formas hechas de arcilla; algunos tienen adornos incrustados en la tierra, todavía fresca.

10, 12. — Jarrones pequeños de tierra adornados de caras groseramente indicadas y de pechos de mujer.

14. — Oenochoé con cuello largo de tierra lisa.

15. — Vaso para beber con dos grandes asas. Este vidriado está hecho todo á mano.

17, 23. — Fusaiotes de tierra cocida.

24. — Sierra de sílex.

25, 26. — Idolos de piedra.

27. — Pequeño jarrón con tres bocas; es de tierra lisa, y solo tiene una cara ligeramente indicada.

28, 32. — Armas de cobre, hachas y puntas de lanza. Un pequeño jarro de vidriado liso, que tiene la forma de un animal.

34. — Un jarrón de tierra con su tapa.

35. — Cuchillo de cobre.

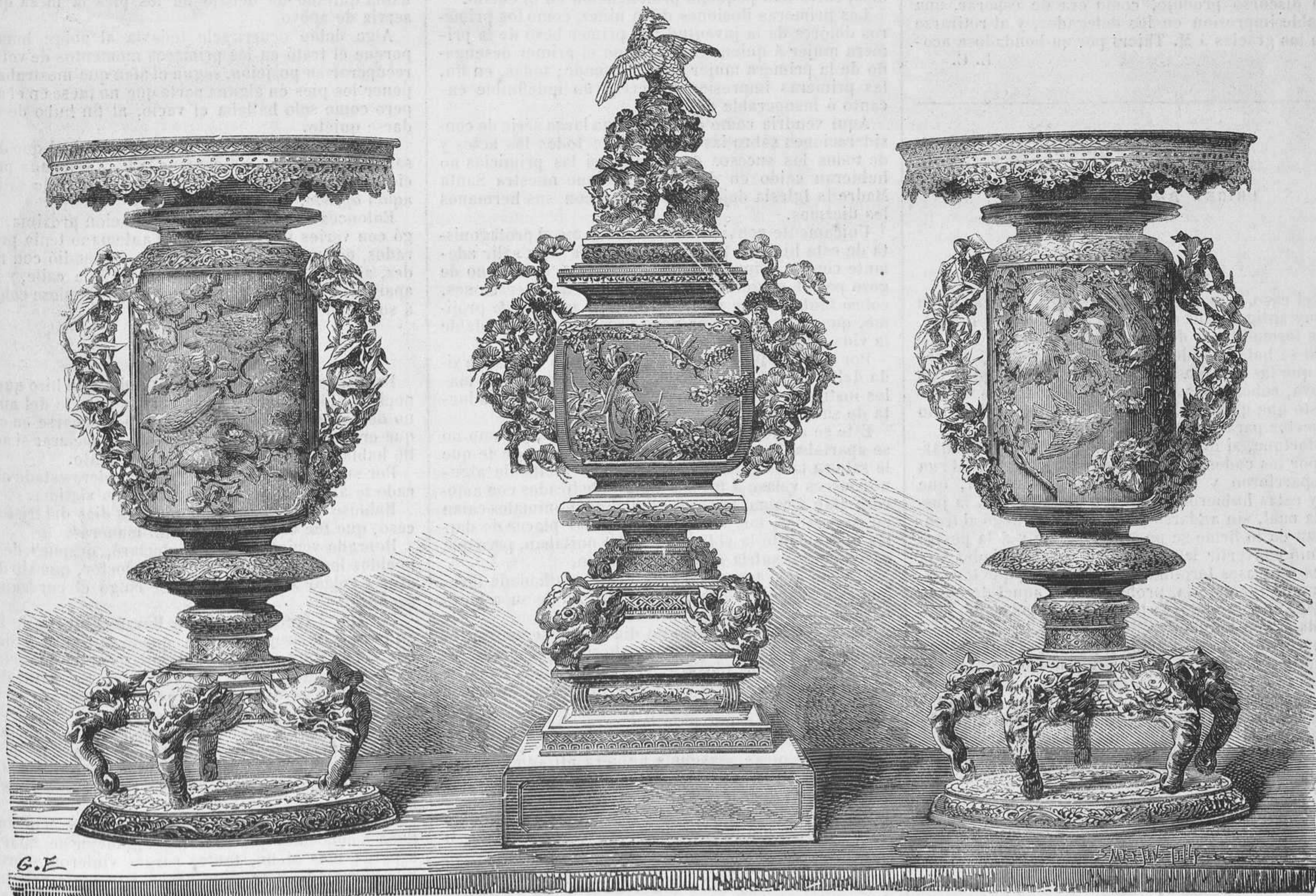
36, 40. — Vasos de oro y de electro del *Tesoro de Priamo*.

41, 42, 46, 47. — Varios objetos de plata.

43, 44, 45, 48. — Vasos de oro de electro.

49. — Un escudo de cobre.

50. — Un vaso de cobre.



Jarrones de bronce regalados á M. Thiers por los franceses residentes en el Japon.

51, 54, 55, 57, 58. — Pendientes de oro del *Tesoro de Priamo*.

52. — Collar de perlas de oro del mismo depósito.

53. — Pendientes en forma de arracadas.

56. — Adornos de oro para la cabeza, procedentes también del *Tesoro de Priamo*. X.

Jarrones regalados á M. Thiers

EN NOMBRE DE LOS FRANCESES RESIDENTES EN EL JAPON.

Los delegados nombrados por los franceses residentes en el Japon, MM. L. Gregorio, antiguo director del Banco de descuento de Paris en Yokohama, E. Jubin, director de la Sociedad anónima franco-japonesa y Maron y Dubief, banqueros, han sido recibidos por M. Thiers, á fin de ofrecerle un magnífico juego de chimenea en bronce, ejecutado en el Japon.

Este juego se compone de dos jarrones y una pieza para el centro. Los dos jarrones tienen 60 centímetros de altura y son de bronce de un trabajo admirable. La pieza de en medio es una especie de pebetero de 60 centímetros de altura, montado sobre un eje, con lo cual permite contemplar el jarrón por todos sus lados.

Al mismo tiempo los delegados entregaron á monsieur Thiers una carta, en la cual los franceses residentes en el Japon expresan su profundo reconocimiento por los servicios que ha prestado á la Francia durante su administración.

Después que M. Thiers dió las gracias á los delegados por el hermoso presente que tenían el encargo de ofrecerle y por el sentimiento que les había impulsado al hacerlo, añadió que al encontrar á la Francia hundida en un abismo, había hecho un llamamiento á todos los buenos ciudadanos para sacarla de tan penosa situación; que gracias á su concurso lo consiguió en parte, pero que todavía quedaba mucho por hacer, y que para conseguir esto era preciso que se constituyera en Francia un gobierno inteligente, prudente y liberal para devolver la calma á los espíritus y conseguir así la unión de todos, sin lo cual no podrá volver á conquistar su prosperidad en el interior, ni su consideración en el exterior.

« La Francia, continuó M. Thiers, manifiesta todos los días su preferencia por la forma republicana, que se ha hecho además necesaria ante las tres dinastías que se disputan el poder; y mientras que se la rehuse lo que con tanta insistencia reclama, se la verá inquieta y desunida y no se conseguirá hacerla feliz ni respetada. Confío, sin embargo, que la resistencia será muy en breve vencida, y que la Francia gozará aun de días prósperos y felices. »

Este discurso produjo, como era de esperar, una agradable impresión en los delegados, y al retirarse dieron las gracias á M. Thiers por su bondadosa acogida. L. C.

Le dejó colgado.

ORÍGEN DE ESTA FRASE.

I.

Fué el caso, que hace muchos años, ahorcaron en una muy antigua villa de España á un solemne bribón, con las formalidades de costumbre.

El tal se había apoderado de bienes ajenos, y para evitar que las voluntades de los dueños se opusieran á la suya, robólos al par de las haciendas, las vidas.

Puesto que quien calla otorga, se dijo, nadie como los muertos para otorgar callando.

Por fortuna, si los muertos callaron, los vivos charlaron por los codos, y aunque nada afirmaban, tal *run run* esparcieron y tales sospechas levantaron, que aquel y estas hubieron de dar en qué pensar á la justicia, la cual, sin andarse por las ramas, llegó al tronco, y tan en lo firme se puso, que al fin y á la postre consiguió convertir las sospechas en realidades y el *run run* en frases terminantes y precisas, que tan claras como la luz del día, probaban que aquel de quien se trataba, había ejercido tan malos tratos, como bueno se daba con lo que de ellos acaparó.

El mozo, que andaba suelto, advirtió tarde lo que de él se iba descubriendo, y cuando quiso acordar poner tierra por medio se interpusieron entre él y la tierra varios servidores de la justicia que le apretaron los brazos á la espalda y le hicieron marchar hácia adelante hasta colocarle en sitio seguro.

Poco tardó el tribunal en justificar plenamente los malos hechos del asegurado, y probados que fueron, acordó que el que los hizo los pagara.

Las gentes alabaron al tribunal porque así quitaba de en medio al tal bribón; el bribón se convenció de que con él se iba á hacer una iniquidad, y las gentes pensaron lo contrario.

Por fin la horca crujió al sentir el contacto de un nuevo inquilino.

El dogal se apretó al cuello del ladrón como debe asirse la mano del naufrago al objeto que cree que le va á salvar.

La víctima se desplomó abrumada por su propio peso.

Y los honrados espectadores, al contemplarla se dispersaron condolidos de que hubiese quien fuera capaz de cometer acciones tales, que merecieran semejante castigo, y por conclusion se fueron en todas direcciones hablando aun del criminal que se dejaban colgado.

Pocos días después decía el ahorcado á un hombre de avanzada edad y reposado continente :

— Sí, señor, Vd. me volvió al mundo cuando ya debía estar lejos de él y caminando cuesta arriba, ¡porque yo vi las estrellas!

El hombre que le escuchaba le miró con severidad y siguió haciéndole preguntas, las cuales, así como las contestaciones que dió el perillan, nada interesan al fin de nuestra historia; y ya se sabe que á historias y á usureros cuanto mas interés mejor.

Lo necesario es aclarar cómo el ahorcado había vuelto, después de muerto, á morar entre los vivos siendo uno de tantos.

Sucedió que por entonces había un médico que se dedicaba con afán á encontrar la manera de hacer volver á la vida á los que por medio de la estrangulación aparecían muertos.

Apenas la justicia hacia una de las suyas y daba por resultado un hombre pendiente de un cordel, acudía el bueno del médico y con halagos y sobornos (que sobornos y halagos son tan antiguos como Eva y mas modernos que Adán), lograba en ocasiones hacerse dueño del criminal muerto, y ponía en práctica sus teorías.

Algunos grupos de gente desalmada había logrado adquirir, pero tan sin alma, que en vano ejerció en ellos todos los recursos del arte. No hubo boca que dijera esta es la mía.

A pesar de tan desconsoladores resultados, no desmayó, antes por el contrario, se convenció de que los malos resultados no probaban nada, y siguió en sus trece y con propósito firme de estar á la mira de toda ejecución para cargar con el muerto.

El verdugo, que era un hombre de bien, en cuanto puede serlo un verdugo, no desperdiciaba ocasión de proporcionarse algunos recursos extraordinarios, de esos que entran en los oficios como gajes de ellos, y así consideraba los donativos del médico, en cambio de los individuos *ya despachados* de acuerdo con la ley.

La suerte de aquel pícaro, porque era de ene que la tuviese, hizo que le colgaran mas tarde que de costumbre y le descolgaran mas temprano que de ordinario, resultando de todo esto que cuando fué á poder de su comprador iba, como suele decirse, caliente.

Lo demás se adivina: apareció la consabida suerte de pícaro, y este se encontró vivo y sano en pocos días, salvo una pequeña prolongación en el cuello.

Las primeras ilusiones de la niñez, como los primeros dolores de la juventud: el primer beso de la primera mujer á quien se ama, como el primer desengaño de la primera mujer que nos vende; todas, en fin, las primeras impresiones cierran un indefinible encanto ó insuperable dolor.

Aquí vendría como de molde una larga serie de consideraciones sobre las primicias de todos los actos y de todos los sucesos de la vida, si las primicias no hubieran caído en desuso desde que nuestra Santa Madre la Iglesia dejó de cobrarlas con sus hermanos los diezmos.

Únicamente conviene decir que como el protagonista de esta historia fué el primero que hizo salir adelante con su empeño al anciano doctor, este, lleno de gozo por el magnífico resultado de sus operaciones, cobró tanta afición y cariño tal á su *restaurado* prójimo, que todo le parecía poco para hacerle agradable la vida que le volvió.

Por otra parte, la cuerda que no pudo ahogar la vida del criminal, parecía que había ahogado sus malos instintos, y así lo creía el viejo viendo la conducta de su *Lázaro*.

Este se aficionó á los estudios de aquel, y como no se apartaba de su forzosa reclusión por temor de que le saliera la horca al encuentro, á la vuelta de algunos meses veíase á los dos amigos dedicados con amoroso afán á colgar cuantos desdichados animales caían en sus manos, tan solo por el singular placer de darles nuevamente la vida, que no les quitaban, pero que casi siempre sufría algun desperfecto.

El viejo dejó tomar tal cuerpo á su malhadada idea, que esta acabó por desalojar á la razón de su asiento para colocarse en él.

Ya en este estado, llegó un día en que se convenció de que no podía vivir si no se ahorcaba, y así se lo dijo á su ex-ahorcado discípulo, con quien contaba que hiciera con él *lo que le debía*, luego que estuviera colgado cierto tiempo.

Su discípulo, como práctico ya en la materia, le aconsejó entonces que desistiese de su empeño, por mas que en otras ocasiones hubiera atizado con sus palabras el fuego de la locura que comenzaba á quemar la razón de aquel que le sacó de un verdadero abogo. Pero fueron vanas sus palabras: el pobre doctor se mostró tan decididamente resuelto, y rogó á su ayudante tanto y tanto, que este acabó por decirle que hiciera lo que quisiera, y quedó al propio tiempo encargado de descolgarle y hacerle volver en su acuerdo y razón, si es que alguna tenía.

Aun, como última prueba, aprovechóse aquel día para colgar un magnífico perdiguero, propio de un amigo de la casa, á quien fué pedido con el pretexto de llevarle á una cacería.

Por fortuna el pobre perro no quiso dar á su amo el disgusto de que le viese convertido en galgo, y no volvió á la vida por mas esfuerzos que se hicieron.

Verdad es que el estiron que le hizo dar el médico fué de amigo.

Debió servir al viejo de fatal augurio esta última prueba; pero no fué así, y se convenció de que si el perro se había ahorcado formalmente, fué *por animal*. Con cuyo raciocinio se quedó tan satisfecho.

Convino, pues, en la *colgadura*; arregláronse los preparativos y acordóse llevar á cabo en un día no muy distante. Y como el que iba á colgarse debía tener grandísima confianza en el que le había de descolgar, hizole entrega preventiva de todas las llaves de su casa para que pudiera atender á cuanto ocurriese mientras él se reparaba de su estiron.

Y hé aquí que las llaves abrieron, antes que cajones y gavetas, el aposento del alma en que se encerraban y estaban escondidas las malas mañas del que por ellas dió con su cuello en un dogal y con su cuerpo en el aire.

Así es que, al verse dueño de las llaves que guardaban la fortuna de su salvador, recordó que sin tener la de otros, llegó á propietario de lo que bajo su custodia había, y le entró tal comezon de poseer, que acabó por apropiarse con la intención lo que á su cuidado puso el pobre médico, que no era un médico pobre.

Llegó el día señalado, y nuestro monomaniaco doctor andaba de acá por allá, como quien trata de estirar el tiempo.

Y si el tiempo hubiera tenido pescuezo, lo ahorca por estirarlo.

Al fin se decidió por lo que le surgió su mal consejo, y encaramóse sobre una mesa, y tras él su ayudante, el cual, con una solicitud que enternecía, le preparaba la cuerda cuya resistencia probaba con empeño.

Ya la tenía ceñida el viejo á la garganta, cuando volviéndose á su oficioso amigo:

— Mira, hombre, le dijo, que no tires mucho de mí cuando esté en el aire.

— No tenga Vd. cuidado, que nadie se interesa por usted como yo.

— Ya lo sé, hombre, pero en estos casos toda precaución parece poca...

— Vamos, vamos, no pierda Vd. el tiempo, que ya me parece que me falta para volverle á Vd. la vida.

— Pero, hombre, si aun no se me ha ido...

— Es que tengo deseos de pagar á Vd. lo que por mí hizo en aquella ocasión...

— Pues... andando... replicó el médico.

Y aun no lo había dicho, cuando ya su ayudante le había quitado de debajo de los pies la mesa que le servía de apoyo.

Algo debió ocurrírsele todavía al pobre hombre, porque él trató en los primeros momentos de volver á recuperar su posición, según el afán que mostraba por poner los pies en alguna parte que no fuese en el aire; pero como solo hallaba el vacío, al fin hubo de quedarse quieto.

Fija la vista en el reloj estuvo el criminal que debía salvarle hasta que vió cercana la hora señalada por la ciencia para desahogar á su amo y hacerle salir de aquel *aprieto*.

Entonces se dirigió á una habitación próxima, cargó con varios paquetes que de antemano tenía preparados, encaminóse á la escalera, descendió con rapidez, abrió la puerta que daba paso á la calle, y desapareció por detrás de una esquina, dejándose colgado á su bienhechor.

II.

La impaciencia del amo del perdiguero hizo que conociera bien pronto toda la villa la muerte del anciano doctor, de la que únicamente pudo sacarse en claro que era muy turbio para la justicia el declarar si aquello había sido un suicidio ó un asesinato.

Por supuesto que si el viejo no hubiera estado ahorcado le ahorca el dueño de su última víctima.

Hablóse en el pueblo por muchos días del triste suceso, que fué comentado de mil maneras.

Honrado vecino hubo que declaró, después de conocidos los entretenimientos del doctor, que sin duda al ir á colgar á algun animal se colgó él por equivocación.

Por fin, á fuerza de traer y llevar el suceso de boca en boca y de oreja en oreja, quedó tan sutil y ligero que fué bastante á hacerlo desaparecer el anuncio de haberle nacido un hijo á la alcaldesa. Era natural que la vida que comenzaba ocupara el lugar de la vida que concluía.

Pero como los plazos se cumplen y las deudas se pagan... á veces, quiso Dios que el desalmado que colgó al doctor y se lo dejó colgado pagase todas sus culpas, y encargó á la justicia para que se las cobrara.

Mucho costó á esta conseguirlo, porque el mozo negaba y concedía, que es la manera mejor de estar á la espera; mas al fin, tantos cargos vinieron sobre él, que abrumado y rendido acabó por confesarlo todo, momentos antes de que la horca volviese á apretar su garganta como saldo de cuenta con el prójimo, y á

apretársela de modo que no tuviera vuelta de hoja, ó lo que es lo mismo vuelta á la vida.

Por su confesion, vino en conocimiento de la muerte del ya olvidado doctor, y con tal fuerza se levantó nuevamente su memoria, que se extendió por todas partes el cuento.

Y desde entonces, siempre que alguna mala accion servia de pago á un beneficio, recordábase lo sucedido con el pobre viejo, y aplicando el recuerdo de lo pasado al suceso reciente, se decia :

— Fulano *ha dejado colgado* á su amigo, á su pariente, á su acreedor...

Tal es, pues, el origen de la frase.

Estamos convencidos de que antes de su existencia habrian sido casi tantos los *colgados* como *colgados* viene habiendo desde entonces.

Ahora bien, lector; si esperabas otra cosa de esta historia, *te has quedado colgado*.

LEANDRO P. COSSIO.

(Diario Español).

El valle de Somorrostro.

El antes pacífico, ameno, próspero y feliz valle de Somorrostro, se ve hoy desolado y regado de sangre, y en estos momentos es teatro de una gran batalla. Como la atención de España está, con razón, fija en él, y los periódicos repiten casi sin cesar su nombre, incurriendo no pocas veces en errores que se explican por la falta de conocimiento práctico de aquella localidad, me ha parecido conveniente y oportuno, ya que conozco, como si dijéramos, palmo á palmo, el valle de Somorrostro, enviar á la *Época* la descripción de este valle, que voy á ensayar puramente de memoria.

El valle de Somorrostro, que comprende toda la parte marítima de las Encartaciones de Vizcaya, se compone de siete concejos, que son: el de Múzquiz, cuyas feligresías son la antigua del mismo nombre y las modernas de Pobeña y San Juan del Astillero; el de Abante, que abraza la de San Pedro, la de Santa Juliana y la de San Roman de Ciérbana, las dos primeras situadas en lo interior del valle y la última á la orilla del mar, entre los pináculos de Montoño y Sarantes; del de San Salvador del Valle, dividido de Baracaldo por el río Galindo, y arriado á la cordillera del Sur; el de Sestao, situado entre el Galindo y la ría de Bilbao; y el de Santurce á la orilla del mar, entre Portugalete y el Sarantes, pero internándose su jurisdicción hasta la cordillera del Sur, y compuesta de la antigua feligresía de su nombre y la moderna de Nucedal.

El valle de Somorrostro, topográficamente considerado, no termina hasta Bilbao, aunque entre él y esta villa existen las ante-iglesias de Baracaldo y Abondo, comprensivas la primera desde el Galindo al Cadagua, y la segunda desde este último río á Bilbao.

Se ha dicho por un periódico de los mas leídos, que las posiciones del valle de Somorrostro son muchas y formidables, y este es un error, pues dominadas, como ya lo han sido por el ejército, las alturas que por el Oeste señorean el ingreso en el valle hasta cerca de Bilbao (que tiene asiento en el extremo oriental en una estrechura dominada por la cordillera de Archonda al nordeste y los estribos del Pagazarri al Sur), el terreno es relativamente llano y el valle tan abierto, que se le puede recorrer de un extremo á otro sin ponerse al alcance del fuego de las montañas laterales.

Estas montañas son: por el Norte y corriendo de Oeste á Este por la orilla del mar, el Janeo, que se alza á la izquierda de la ría de Pobeña, el Montañón, á la derecha de esta ría, y el Sarantes, que termina sobre Portugalete, ó sea en la desembocadura de la ría de Bilbao.

Estas alturas son calvas, tienen sus faldas meridionales cubiertas de viñedos y no son puntos estratégicos que puedan utilizar los carlistas, porque no hay en ellos retirada posible sino descendiendo al mar ó al valle; la cordillera del Sur, que corre de un extremo á otro del valle, comprende las famosas minas de Trieno, aquel monte férreo de que dijo Plinio: « En la parte marítima de Cantabria bañada por el Océano, hay un monte quebrado y alto cuya cantidad de hierro es tan admirable, que todo él es de aquella materia. » Desde esta cordillera poco ó nada se puede ofender al ejército que recorra el valle con dirección á la ría de Bilbao, porque este ejército puede caminar fuera del alcance de las fuerzas apostadas en ella.

Para ingresar ó retirarse del valle solo hay cuatro caminos, que son: el del extremo Oeste, que sigue la costa con dirección á Castro Urdiales; el del extremo opuesto, donde se interpone Bilbao; y los de los ríos Somorrostro y Cadagua, que conducen á Balmaseda, ó lo que es lo mismo, al interior de las Encartaciones.

He dicho que el valle de Somorrostro es relativamente llano, y así es la verdad; se compone el fondo del valle de vegas y colinas; todo el terreno está cul-

tivado, y apenas se puede dar un centenar de pasos sin hallar alguna casería. Además de la carretera que recorre todo el valle, y en Nucedal, jurisdicción de Santurce, tiene un ramal que conduce á Portugalete, hay multitud de caminos vecinales en todas direcciones. Los únicos ríos cuyo paso puede ofrecer alguna dificultad, estando destruidos los hermosos puentes por donde se vadeaban, entre ellos el de Burceña, sobre el Cadagua, que recientemente había costado cerca de un millón de reales, son el Somorrostro, el Galindo y el Cadagua, que desembocan el primero directamente en el mar, por Pobeña y los segundos en la ría de Bilbao; pero estas dificultades no pueden ser grandes en bajamar, porque su cauce es estrecho y su caudal escaso, á no ser el del Cadagua.

Desde el extremo Oeste del valle ocupado por la vanguardia del general Moriones, hay á Bilbao pocas mas de tres leguas, y los defensores de la villa sitiada, que poseen el alto de banderas que domina todo el valle de extremo á extremo, han podido presenciar la acción del día 15.

Las posiciones mas defendibles que ocupaban los carlistas eran precisamente las que sus contrarios han conquistado. Ocupado por estos al extremo occidental del valle, único punto dominado inmediatamente á la derecha por las altas montañas de Llangon (y no de la Concepción, como les llaman los partes oficiales), ya no hay, camino de Portugalete y Bilbao, montañas desde donde se pueda ofender al ejército.

La parte del valle que este ocupa, que es San Juan del Astillero y la Rigada, á la izquierda del Somorrostro, está muy poblada de buen caserío, entre el cual figuran el palacio del señor marqués de Villena, que tiene un gran parque donde hasta el naranjo y el granado *fructifican* admirablemente, y las mas modestas, pero hermosas casas, del señor don Francisco de Cariaga, actual diputado general de turno, y del señor don Francisco de Durañona, opulento capitalista residente en Cuba. El paso del río, aun suponiendo cortado como el de San Juan el puente de Santelices, que está mas arriba, y ya dominado por las montañas, es muy fácil, por ser su cauce tan estrecho en algunos puntos, que yo, siendo niño, le salté mas de una vez sin mas auxilio que el de las ramas que crecen á su margen.

De dolor se cae la pluma de mi mano pensando en lo que hoy son aquellos amados campos de mi infancia y lo que eran aun no hace un año, en que la vida y la alegría de la industria derramaban la riqueza y la felicidad en ellos. Y este dolor se aumenta en mí al pensar que casi toda aquella brillante juventud nacida y criada en ellos, si ha trocado la fecunda azada por el esterilizador fusil, no la ha trocado por su propia voluntad, sino por salvar á sus padres y á su hogar de la violencia ajena.

ANTONIO DE TRUEBA.

(*Época*).

Historia de un cuadro antiguo.

El retablo que presentamos á nuestros lectores ha sido reproducido por uno de los mas hábiles grabadores, y encierra toda una historia, según lo prueban los documentos mas auténticos, que nos permitiremos reproducir lo mas sucintamente posible.

Hemlinck, ó para hablar mas correctamente, Memelinck, había hecho ya hermosos cuadros para el hospital de San Juan de Bruges, cuando hácia el año 1490 llegó á la ciudad de Douai para hacer, por encargo del prior de la abadía de Anchin, el diptico que nuestros lectores podrán juzgar de su mérito por el retablo que reproducimos, y que representa la Iglesia triunfante con la Trinidad en el centro. En este retablo se ve la escuela alemana, tal como era en el siglo XV, con ese respeto por la tradición religiosa y esa audacia en todo lo que concernia á la ornamentación, que no estaba entonces indicada en los libros santos. Como deseo dejar á mis lectores sus primeras impresiones, me limitaré á indicarles que el diptico está pintado sobre los dos lados, pues en el que no se ve, el artista ha representado la Iglesia militante con sus apóstoles, sus mártires, sus santos, sus vírgenes y sus confesores. La altura del cuadro es de seis pies y medio, y su anchura de once y medio; es decir que se compone de veinte y dos pies de altura por ambos lados. Como se ve, es una de las grandes páginas del arte religioso del siglo XV. Los tableros móviles y unidos á las molduras de los cuadros están colocados de modo que pueden cerrarse ó abrirse sin que por esto el cuadro cambie de dimensiones.

Este retrato sirvió de adorno del altar mayor de la rica y poderosa abadía de Anchin, situada en las cercanías de Douai, en donde quedó mientras que el estilo bizantino estuvo en uso en las iglesias, y el tabernáculo se hallaba colocado en uno de los costados; pero desde el día en que los templos trataron de asemejarse á San Pedro de Roma, el altar mayor de la abadía de Anchin se vió privado de su hermoso retablo. Esta sensible transformación se verificó en 1726 por orden del cardenal Polignac, que en esta época

era el abad. Entonces el altar mayor fué despojado de todos los objetos de arte que le adornaban, y el retablo de Hemlinck pasó á la tesorería de la misma abadía con las reliquias de oro y otros objetos de arte que la piedad de los fieles había aglomerado en Anchin durante toda la edad media. Es indudable que esta obra maestra hubiera podido colocarse en una de las capillas laterales de la iglesia de Anchin; pero entonces se temió que el contacto de los cirios fuera perjudicial al retablo. Aunque entonces se aseguró que el cardenal Polignac era amante de la escuela alemana, tal vez seremos mas exactos si añadimos que perteneció al siglo XVIII, en que el arte religioso y la pintura estaban en una completa decadencia.

Así que no debe sorprendernos que la revolución fuera tan estúpidamente iconoclasta contra el arte cristiano; y en la que despues estalló en el Norte de la Francia, las obras maestras fueron tratadas casi como Mummius, de funesta memoria, trató las obras del arte griego en el saqueo de Corinto. Cuando la revolución de 1791 tuvo lugar en Douai, la ciudad se apoderó de todos los objetos preciosos; y creyendo que muy en breve se presentarían compradores, fueron depositados en diferentes sitios, siendo colocados algunos objetos con nuestro retablo en las guardillas de un antiguo convento de jesuitas; pero cuando los momentos mas terribles de la revolución se calmaron, los hombres mas amantes de las bellas artes trataron de formar un museo. Entonces la administración municipal se asoció tambien á tan noble empresa, y casi espontáneamente se formó una comisión que se encargara de coordinar todas las obras de arte que la desaparición de los conventos y la supresión de las iglesias había acumulado en poder de la municipalidad.

Desde los años de 1791 á 1803 algunas personas visitaron estos preciosos graneros, pero no fueron seguramente los amantes del arte con el objeto de admirar esas obras maestras que entonces llamaban góticas: esas nobles páginas de los mas grandes pintores flamencos, sino artilleros que iban á recoger los manuscritos sobre vitela para envolver los cartuchos; hijos del portero encargado de guardar tan importante depósito, que se entretenían en arrancar las imágenes de los antiguos misales góticos, tan bellas por su brillo como por la diversidad de sus colores, para cambiarlas por algunos sueldos; y obreros que iban en busca de una tabla ó de un pedazo de madera que les faltaban. No pocas veces cogían algun hermoso cuadro pintado sobre roble, que les servía para hacer cajones y aun anaqueleros, á fin de colocar colecciones de pájaros y minerales.

La comisión que se formó para organizar el museo pudo todavía salvar algunas obras de gran mérito y detener las dilapidaciones que hasta entonces se habían cometido.

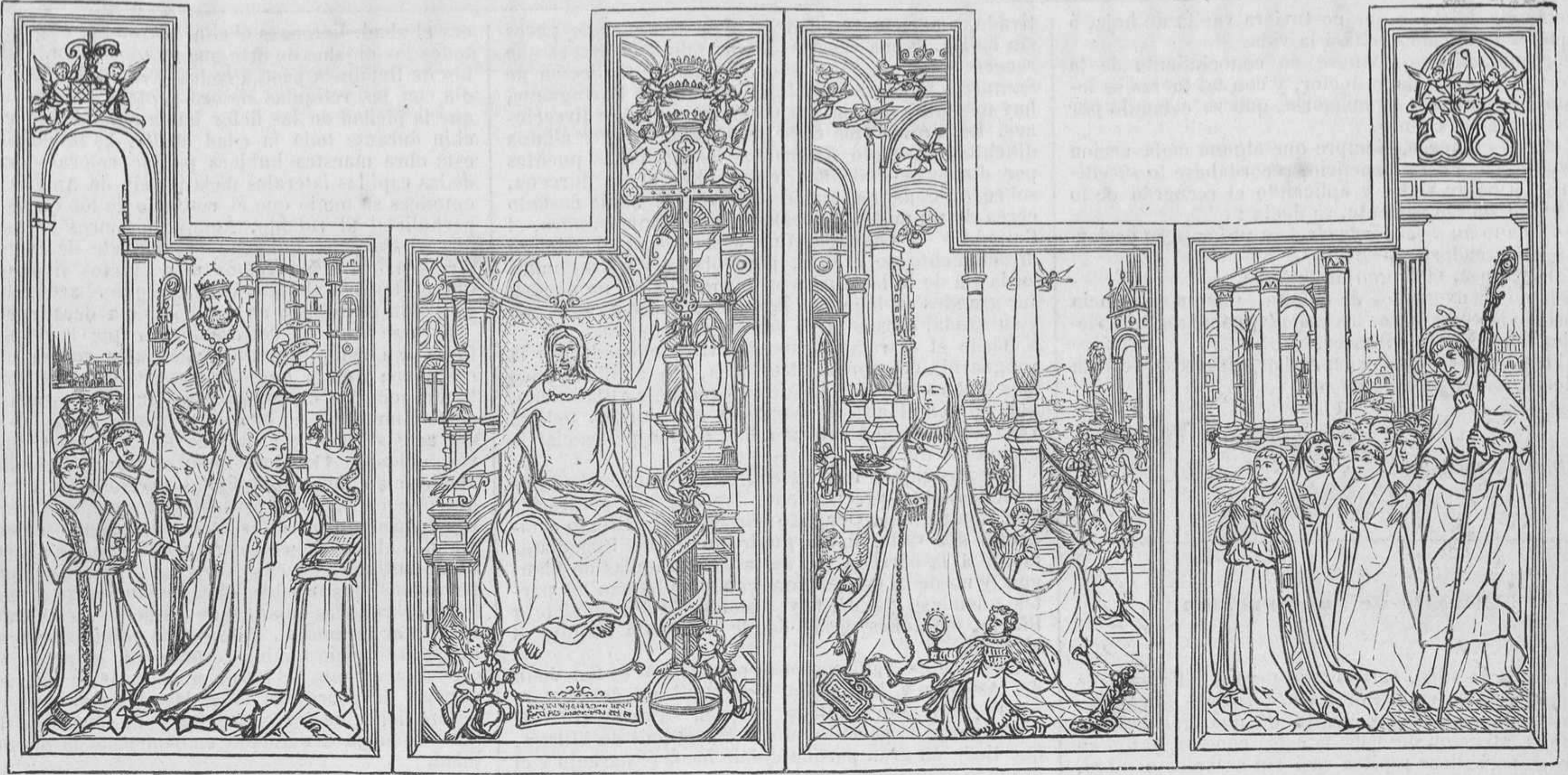
El poco gusto que entonces existía, y la falta de conocimientos sobre pintura, impedían poder conocer el mérito que realmente tenía el arte católico y religioso, y hasta ese pésimo gusto que existía en el siglo XVIII contribuyó á que este museo no poseyera las grandes obras alemanas, y que nuestros retablos á que llamaban trastos viejos, no salieran de las guardillas.

Mientras que se organizaba el museo, un pobre eclesiástico regresó de la emigración y fué nombrado cura de Quincy, cerca de Douai. Al tomar posesión de su curato, trató de tomar para su iglesia algun antiguo cuadro de los que yacían en la guardilla. Autorizado para que eligiera el que mas le conviniese, tomó desde luego la parte central del retablo de Hemlinck, que conocía ya por haberlo visto hacia muchos años en la abadía de Anchin, pero entonces el buen eclesiástico se contentó con lo que le regalaban, sin preocuparse de lo que faltaba al mismo retablo, pues suponía sin duda que sería imposible encontrarlo.

Sin embargo, se hallaba despreciado en las guardillas del museo, desdeñado por los organizadores, por creerlo indigno de figurar en su colección. Así que un día el cuadro de Hemlinck fué considerado como madera vieja y tasado por un carpintero en 3 francos el metro, es decir, que los ocho tableros cubiertos de magníficas pinturas, fueron adjudicados en diez y ocho francos á un aficionado de la ciudad.

El comprador, que había adquirido á un precio tan bajo ocho pinturas, y que probaba que era hombre de gusto, las remitió á Paris para hacerlas restaurar, creyendo que su autor era Juan de Bruges. Como aquí nadie conoció que fuera una obra de mérito, el pobre comprador dispuso que se remitiera el cuadro á Douai, dudando ya que fuera obra de un gran maestro.

Un día que el doctor Escallier, cuyo talento era igual á sus conocimientos artísticos, recorría la ciudad de Douai y sus alrededores para descubrir curiosidades artísticas y las antigüedades que tan célebre habían hecho su museo, se prestó gustoso á prodigar sus cuidados como médico á un pobre pintor de casas que sucumbió pocos dias despues. Entonces su viuda reconocida á los cuidados que el buen doctor había prodigado á su marido, y deseando á la vez cumplir con los deseos expresados en sus últimos momentos, le regaló un cuadro que, según ella, carecía de mérito. El doctor Escallier lo aceptó, no sin haber antes deslizado en la mano de la viuda un puñado de oro. Una rápida mirada del doctor bastó para que se convenciera que había adquirido el fragmento de una obra maestra. Sorprendido de encontrar esta pintura en poder de un artesano, interrogó á la viuda acerca



RETABLO ANTIGUO.

de su procedencia. Entonces esta dijo con la mayor ingenuidad que su marido la habia recibido en pago de las obras que hubo ejecutado en la iglesia de Quincy. El cura, que sabia que el retablo no estaba completo, y que lo consideraba en cuanto á su mérito artistico como una mediania, no titubeó en desprenderse de él, á fin de poderle hacer algunos reparos, pues de lo contrario hubieran sido demasiado onerosos para el bolsillo de un pobre cura de aldea. De modo que una parte de la obra maestra de Hemlinck, que se hallaba en la abadia de Anchin, fué trasladada á la tesoreria de la misma abadia; de aquí pasó á una guardilla de un colegio de jesuitas, en donde continuó hasta que se le llevó á la iglesia de Quincy, pasando despues á ser de la propiedad de un pintor de brocha gorda.

Desde que el doctor Escallier se vió dueño del cuadro, su constante deseo fué llegar á poseer esta Trinidad; y ante esta idea no titubeó en adquirirla á cualquier precio que fuera. Al efecto, tomó la altura

de su cuadro, y despues de examinar con la mayor detencion las pinturas que poseia, y á las que debian ajustarse las que le faltaban, marchó inmediatamente á la casa del que las habia comprado por diez y ocho francos, y le ofreció desde luego una cantidad de bastante consideracion. El poseedor de las dichas pinturas vaciló en un principio, temiendo hacer un mal negocio, pero recordando despues el desden con que fueron miradas en Paris, se decidió á cederlas en cuatro mil francos.

Los verdaderos artistas comprenderán fácilmente la alegría que se apoderó del doctor cuando se vió el único poseedor del precioso diptico de Hemlinck. Desde entonces, comprendiendo la decadencia á que habia llegado el arte, y deseando hacer comprender el verdadero mérito del cuadro, se decidió á escribir la historia de la abadia de Anchin, que es de un mérito incontestable, y que debieran adquirir todos aquellos que deseen leer una obra concienzuda y completa. Desde que el doctor Escallier se encontro

dueño del retablo, tenia un verdadero placer en enseñarlo á cuantos se presentaban en su casa. Los artistas y los hombres mas eminentes que llegaban á Douai sabian la finura y amabilidad con que hacia los honores de su museo en general y de su Hemlinck en particular. El director de un museo de Alemania le ofreció hasta 500,000 francos, pero aunque el doctor habia gastado una cantidad considerable en pinturas, guardó su diptico, diciendo que puesto que habia encontrado su ideal, no estaba en el caso de desprenderse de él.

A su muerte dejó todo su museo á la ciudad de Douai, excepto su Hemlinck, que lo regaló á la iglesia de Nuestra Señora de Douai. A este retablo le faltaba otra coincidencia que no debemos omitir. Esta iglesia ha sido construida sobre el mismo terreno que ocupaba la abadia de Anchin. De este modo la obra de Hemlinck, despues de las mil vicisitudes por que ha atravesado, parece que ha querido volver á sus primitivos propietarios. Z.



RETABLO ANTIGUO.